



al borde de la fortuna

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK MCFAIR

AL BORDE DE LA FORTUNA

Colección PUNTO ROJO n.º 494
publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 30.692 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1971

© FRANK MCFAIR - 1971
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

CAPÍTULO PRIMERO

Era el hombre más gordo que Harvester hubiera visto en su vida. Debía pesar muy cerca de los ciento cincuenta kilos. Cuando entró en el vagón, pareció llenarlo por completo.

Se quitó el sombrero, y se limpió el sudor de la frente. No llevaba más equipaje que una cartera y una pequeña maleta. Esta última la dejó sobre la rejilla.

Harvester lo examinó con indiferente curiosidad. El tren acababa de salir de Montecarlo y se dirigía a toda velocidad hacia la frontera.

Hacía ya bastante rato que Harvester había desistido de leer. En primer lugar, estaba aquella muchacha, sentada frente a él. En segundo lugar, el hecho de que por fin iba a conocer un país que siempre había tenido grandes deseos de ver: Yugoslavia. Especializado en lenguas eslavas, había recorrido hasta entonces Polonia, Rusia y Checoslovaquia. Le faltaba Yugoslavia. Pero la Universidad en que enseñaba le había facilitado el cumplimiento de sus deseos.

Poco más tarde, el Simplón Oriente *Express* llegaría a Trieste. Cruzarían la frontera y...

—Hace mucho calor, ¿verdad?

El hombre gordo, cómo no, había hablado en un excelente italiano.

—Sí.

Un pelma, como si lo viera. Uno de esos hombres efusivos que no dejan a nadie tranquilo. Habría que tomar una resolución. No estaba dispuesto a que le machacase el viaje con sus comentarios.

—En esta época del año siempre hace calor en el sur de Europa —añadió el gordo.

—No es extraño —respondió mordazmente Harvester—. Lo raro sería que hiciese frío en cualquier parte del hemisferio norte, y en

verano.

«Lo he amordazado —pensó—. Ahora se estará callado».

—Tiene usted toda la razón —asintió el gordo calurosamente—. Toda la razón. Eso sí que sería extraño.

La muchacha levantó la mirada de la revista que iba leyendo. Contempló al gordo con atención mal disimulada.

—¿Se dirigen a Belgrado?

—Yendo en el *Simplón Oriente Express*, lo extraño sería que nos dirigiésemos a Roma.

«Ahora sí que se dará cuenta de que es inútil todo intento de conversación».

El gordo lo miró sonriendo. Su cara brillaba de sudor y grasa.

—En efecto, tiene usted toda la razón. Eso sí que sería extraño, no cabe duda.

La muchacha estaba sonriendo. Harvester se sintió incómodo. Ignoraba si aquella sonrisa se debía a la estupidez del gordo o a sí mismo.

Harvester había estado mirando a su compañera desde que subiera en Venecia. Era rubia, de un tono dorado y su piel tostada por el sol del mediodía. La falda, bastante corta, dejaba al descubierto unas piernas extraordinariamente bien formadas, uno de los más hermosos pares de piernas que Harvester viera en su vida.

Y el resto no desmerecía en nada de las piernas. Ojos grises, boca llena y generosa, cuello alto y hombros redondeados.

Harvester no respondió esta vez.

—Mi nombre es Mavros —dijo el gordo—. Sí, soy griego —añadió suspirando como si le hubieran preguntado su nacionalidad—. Comercio en higos. Un negocio, ¡ay!, que ya no es lo que era.

«¿Y a mí qué me importa?», pensó Harvester exasperado.

Estuvo a punto de soltarlo en voz alta, pero en el último momento se detuvo. Hablaba la joven y por primera vez oyó su voz:

—¿Higos? ¿Higos secos?

—Así es. Los mejores higos del mundo, si se exceptúa los turcos. ¿Lee usted el *Vogue*, señorita? Excelente revista. Muy buena. Las modas me atraen sobremanera.

«Pero, bueno, ¿es que no piensa callarse?».

Harvester se revolvió en su asiento.

«Ahora me preguntará por el libro que estoy leyendo...»

—¿Lee usted un libro de arqueología, caballero? Me apasiona la arqueología, como a muchos griegos. Sí, es apasionante. A-pa-sio-nan-te —repitió voluptuosamente.

Y los miraba a ambos sonriendo, como si fuera deber de ellos aplaudir sus inclinaciones. Harvester estaba a punto de estallar.

—Sí, leo arqueología, y cuando leo me gusta concentrarme.

—Lo mismo que a mí —suspiró Mavros—. Exactamente igual que a mí. Tenemos, por lo que veo, aficiones comunes todos nosotros. Nada más agradable que gustos comunes entre personas que han de viajar juntas. ¿Un cigarro?

—¡No!

—Son excelentes. Tenga, fume uno.

—Sólo fumo en pipa.

—Ah, magnífica manera de fumar. Yo también fumo en pipa, aunque no siempre.

Harvester cerró el libro de golpe y salió al pasillo. Un minuto más y hubiera estallado. Alguien dijo a su lado: «Perdón», y un hombre pasó junto a él. Lanzó una mirada distraída al interior del compartimento y luego prosiguió hacia delante.

Harvester sacó su pipa, la llenó y comenzó a extraer de ella indignadas bocanadas de humo.

«Habrás estúpido», pensó rabiosamente.

Pero había sido vencido. El gordo Mavros no parecía decidido a darse por enterado de que molestaba. Y el caso es que a la muchacha no parecía molestarle. En este momento oía las voces de ambos en el interior del departamento.

«¿Será posible? —pensó—. ¿Qué puede encontrar en la conversación de ese imbécil? Con quién debería estar hablando es conmigo, diablos, no con él».

Y, lleno de una humillación un poco infantil, se puso a contemplar el paisaje de la llanura del Po.

Interminables marismas, el azul del Mediterráneo brillando a lo lejos, y a su izquierda los Alpes.

—Feo paisaje, ¿verdad?

La muchacha estaba a su lado. Llevaba un cigarrillo entre los labios. Harvester se apresuró a sacar el encendedor y a darle fuego.

—No es el más hermoso, pero no carece de belleza.

Ella le había hablado en inglés. Tenía un leve acento.

—¿No ha podido aguantar más al vendedor de higos? — preguntó Harvester.

—Oh, es simpático. Y todo le interesa.

—A mí, no. Por lo menos los higos. No me gustan.

La cara de Mavros asomó por la puerta del departamento.

—¿Fumando?

—No, preparando un manifiesto republicano —respondió Harvester, en el colmo de la exasperación.

—¿Republicano? ¿Es usted republicano?

—No, congolés.

—Ah, el Congo. Inmenso país. Grandes posibilidades económicas, aunque un poco revuelto en la actualidad. ¿Belga, naturalmente?

Harvester apretó los labios. La risa de la muchacha le hizo fruncir aún más el ceño. Decididamente, el que estaba haciendo el tonto era él. No se debe uno enfadar tanto con un compañero de viaje. Guiñó un ojo a la muchacha.

—Imposible —dijo, en voz baja—. No se deja impresionar.

El gordo Mavros levantó su inmensa humanidad y la colocó en el pasillo.

—¿Una copa? Podemos tomarla antes de llegar a la frontera.

Debían faltar unos cincuenta kilómetros para llegar a Trieste. Harvester movió la cabeza negativamente.

—No, gracias. Pero puede usted tomarla.

—Es precisamente lo que voy a hacer.

Cogió su cartera y se movió, pasillo adelante. Los dos jóvenes se quedaron solos.

—¿A Belgrado? —preguntó Harvester—. Dispense, pero no quiero parecer tan sociable como nuestro amigo Mavros. Si no quiere contestar...

—¿Por qué no habría de hacerlo? Voy a Belgrado.

—Viaje turístico, supongo.

—No, profesional. Soy traductora de yugoslavo en las Naciones Unidas.

—¿Americana?

—Inglesa.

Fumaron en silencio durante un momento.

—Mi madre era yugoslava. Mi padre, inglés. Hay un cursillo para traductores en Belgrado y no he querido perdérmelo. De esa manera visitaba el país de mi madre. Tenía ganas de hacerlo hace ya mucho tiempo.

El hielo se había roto. Harvester le dijo que ocupaba la plaza de profesor de lenguas eslavas en una Universidad particular norteamericana, y que él también...

—Si no fuese porque allí nos encontraríamos con nuestro amigo, le propondría una copa en el bar. Pero podemos arreglarlo. Llevo una botella de *whisky* empezada en la maleta. No creo que los aduaneros de la frontera la vayan a requisar, pero por si acaso...

Entraron en el departamento. Harvester sacó la botella y bebieron en un vaso de papel. De vez en cuando cruzaba alguien por la puerta, les lanzaba una distraída mirada y seguía su camino.

—A ése ya le he visto antes —dijo Harvester repitiendo la dosis.

Un hombre alto, moreno, acababa de pasar por delante de ellos, hacia la parte trasera del convoy.

Cogió el libro que había dejado sobre el asiento y lo abrió distraídamente. Había en él un papel que estaba dispuesto a jurar que no había dejado él. Frunció las cejas. Por regla general él dejaba entre las hojas, para marcar el lugar en que iba leyendo, una delgada tira de cartón, con el anuncio de la «Esso».

Y esto no lo era. Un papel doblado. Maquinalmente lo desdobló. Dos líneas escritas:

«Por favor, si es usted americano, vea al cónsul en Belgrado. Dígle que Marcus no pudo terminar. Que procuren coger a Lucas. Destruya la nota. Es peligroso».

Nada, más.

Sus cejas se fruncieron más aún. ¿Qué diablos significaba aquel galimatías?

La muchacha lo contemplaba con cortés atención.

—¿Vio usted a Mavros poner esto aquí?

—No, desde luego. Pero cuando salí al pasillo estaba escribiendo algo en su carnet. ¿Es eso lo que estaba escribiendo?

—No lo sé.

Se metió el papel en el bolsillo.

—No creo que tenga importancia. Tal vez se equivocó.

Estaba furioso todavía. ¿Qué mil diablos...? Tendría una conversación con el gordo tan pronto volviese. O..., ¿por qué no tenerla ahora mismo? ¿Qué significaban todos aquellos...?

—¿Me dispensa?

—Desde luego.

Recorrió el vagón y pasó al siguiente. El bar estaba instalado al final de éste. El camarero francés atendía los pedidos rápida y eficientemente. Mavros no estaba en el bar. Tomó un *whisky* y volvió lentamente.

La muchacha tenía el *Vogue* sobre las rodillas.

—¿No ha vuelto el vendedor de higos?

—No, por cierto.

Miró a la rejilla.

—Su maleta está ahí. No creo que haya decidido trasladarse de departamento.

—No tendremos esa suerte. El maldito charlatán...

Se aproximaban a toda velocidad a Monfalcone. Harvester tentó en el bolsillo la nota. «Destrúyala». Oh, no, antes hablaría con aquel tipo...

Que en este momento había aparecido en la puerta. La joven se puso en pie.

—Voy a salir un momento —dijo.

«No quiere más conversación con este tipo —pensó Harvester—, y no puedo culparla por ello».

Abrió la boca.

Y en este momento, encontró fijos en él los dos ojos más agudos e imperativos que viese en su vida. Ni las sucesivas capas de grasa que colgaban bajo los párpados de Mavros bastaban para apagar el elocuente brillo.

Harvester cerró la boca. Había podido leer un mensaje en aquellas pupilas de tinta. Un mensaje imperioso.

El mensaje de que callara. De que no dijera nada.

Pero..., ¿por qué? En el pasillo no había nadie en ese momento. Sólo se oía el sordo traquetear de las ruedas sobre los raíles.

—Estamos —dijo el gordo—, llegando a Monfalcone. ¿No conoce usted Trieste?

—No.

—Es una maravillosa tierra. Y hay higos también. Y naranjos.

Una maravillosa tierra para las frutas. Este Mediterráneo... Cuna de la civilización, y todo eso...

Pero sus ojos seguían clavados en los de Harvester. Las pupilas no se apartaban de las del americano.

Y siempre el mismo mudo mensaje.

—Yo he recorrido por mis negocios todo el Mediterráneo. El sol, el mar, las playas... Los griegos somos grandes viajeros. Pues..., ¿y la comida? Pasta en Italia, ¡qué magnífica pasta asciuta! Arroz en España, ¡sublime paella! ¿Y Francia? ¡Ah, Francia, punto aparte!...

Su charla fluía incansable. Medio tumbado en su asiento, con la gran barriga rebosando a su alrededor, su rostro sudoroso, parecía un Buda.

Pero aquellos ojos...

Alguien había atravesado el corredor silbando levemente. Harvester frunció las cejas. Aquella musiquilla... la había oído en alguna parte, pero no podía recordarlo.

Levantó la mirada. El hombre que acababa de pasar era alto y moreno. Llevaba una chaqueta clara sobre una camisa color tabaco. Sí, ya lo había visto pasar en otras ocasiones...

Y ahora se alejaba. El silbido se perdía a lo lejos.

—¿La destruyó?

Miró a Mavros, sorprendido.

—Vamos, rápido, ¿la destruyó?

—No, y...

—No diga nada. Si no quiere no haga caso de la nota, pero... por el amor de Dios, destrúyala. «Peligra su vida».

—Pero...

—Y el cordero guisado con sémola del norte de África... ¡Bienaventurado cucus! Por todas, por todas partes, el Mediterráneo nos ofrece comida frita, guisada, asada, ensalada. Sí, este mar, ombligo del mundo, es un verdadero manantial de alimentos sabrosos...

La muchacha volvía. Se detuvo a escuchar.

—¿Usted tiene hambre, míster Mavros?

—¿Yo? Ay, siempre tengo hambre. A no ser porque me encuentro sujeto a un estricto régimen, estaría ya tomando alguna cosa en el bar. Pero la dieta...

—¿Usted a dieta?, pues..., ¿cuánto...?

—¿Cuánto pesaba antes de someterme a ella? Ciento sesenta kilos. No es mucho para un hombre de mi corpulencia, dirán ustedes, pero los médicos me hablaron de grasa sobre el corazón y los riñones y hube de acatar sus órdenes. Confío en que ahora esa grasa habrá desaparecido ya.

Harvester lo dudaba. Le bastaba con mirar aquella inmensa barriga, aquel vientre monumental. Pero ahora estaba demasiado ocupado tratando de ordenar el caos de sus pensamientos. ¿Peligraba su vida? ¿Qué rayos significaba aquella tontería? ¿Una broma? ¿Una broma de un gordo jocosos?

No, aquellas pupilas azabaches no bromeaban cuando le lanzaron un aviso.

¿Peligro? ¿Por la nota?

Inconscientemente, casi por completo aparte de su voluntad, su mano derecha arrugó la nota en el bolsillo, hasta convertirla en una bolita. Pero..., ¿qué hacer con ella?

—Volviendo a la comida... Mi alimento actual consiste nada más que en un kilogramo de carne asada... ¡asada, con lo que me gustan las salsas! Pocos líquidos, a mí que me bebía un galón de cerveza al sentir una ligera sed... Horroso. Sencillamente horroso.

—Estamos llegando —dijo la muchacha—. Por cierto, mi nombre es Melanie Whistler. ¿Usted se queda en la frontera, míster Mavros?

—No. Continúo hasta Zagreb.

¿Había hablado en voz innecesariamente alta? Con los nervios sobreexcitados, Harvester hubiera jurado que sí.

Y a lo lejos volvió a oír el silbido. Aquella melodía... la había oído anteriormente, pero..., ¿dónde?

Se asomó a la ventanilla. Llegaban a Monfalcone. Veinte kilómetros más allá, Opicina. Nueve más, Kocina, ya en el territorio yugoslavo. La aduana, etc.

—Con el permiso de ustedes, con su amable permiso, voy a salir un momento...

Mavros se puso en pie y balanceando aquellas grasas que ni su «rigurosa dieta» había logrado eliminar, se alejó. Bajo el brazo llevaba la cartera.

El ferrocarril discurre en una delgada línea de terreno italiano,

incrustada en territorio eslavo.

—¿Qué le parece? —dijo Melanie—. Una dieta para adelgazar... ¡él!

Harvester se sintió tentado de hablarle de la nota y de los ojos de Mavros, pero en el último momento su lengua se paralizó. No. No porque temiera que efectivamente su vida peligrase, pero... Bien, no podía hacerlo, eso era todo.

Casi antes de que se dieran cuenta, habían llegado a Opicina. Mientras la muchacha le decía que se alojaría en el hotel del Pueblo, estaban llegando a la frontera.

—Si no se da prisa, le cogerán los aduaneros en el bar, haciendo su dieta.

—¿Qué? Ah, sí, claro, Mavros.

—¿En quién creía que estaba pensando?

—Pues...

El tren fue deteniendo la marcha, hasta pararse por completo. La población de Kocina, pequeña y muy parecida a las anteriores, estaba ante ellos.

—Pasaporte, por favor.

Los aduaneros yugoslavos recorrían los departamentos. Uno de ellos, muy moreno, de dientes muy blancos que enseñaba en una amplia sonrisa, se plantó ante ellos.

—¿Pasaportes?

Se expresaba en correcto italiano. Probablemente sus padres lo habían sido.

Los revisó rápidamente.

—¿Nada que declarar?

—Nada más que *whisky*, y para eso, poco —dijo Harvester en yugoslavo. Se alegraba de poder demostrar sus conocimientos ante la muchacha. El aduanero sonrió más aún.

—¿Habla nuestro idioma? Excelente. Les deseo una feliz estancia en Yugoslavia. A sus órdenes.

Pasó.

—¿Y nuestro gordo amigo? Ahí tiene la maleta.

El funcionario yugoslavo, cubierto el vagón, pasaba de nuevo. Los saludó con la mano y...

Detrás de él iba el hombre alto, moreno, de la camisa color tabaco. Fumaba un largo cigarrillo y dirigió una mirada distraída a

los dos jóvenes.

El tren se puso en marcha de nuevo. Estaban en Yugoslavia, donde se les deseaba felices vacaciones.

CAPÍTULO II

El tren corría entre valles encajonados por los Alpes Dináricos. Caía la tarde. Los dos jóvenes, junto a la ventanilla, veían pasar pueblecitos pintorescos, de tejados picudos y vallas de piedra. Bosques de encinas, de frutales...

—¿Dónde diablos puede haberse metido? Llegaremos a Zagreb dentro de poco.

Harvester tocó en su bolsillo la arrugada nota.

Como si fuera un talismán que fuese a hacer aparecer al gordo de un momento a otro.

Pero el gordo no apareció.

—No lo sé. No tengo ni la menor idea.

Estaba preocupado. «¿Peligro?». ¿Dónde demonios estaba Mavros? ¿Por qué no había vuelto por su maleta?

Estaban sentados uno frente al otro, con las rodillas casi juntas. De pronto, Harvester que estaba colocado en el sentido de la marcha, sintió que una mano poderosa le lanzaba contra la joven. Cayó sobre ella, con un grito de alerta.

El tren había frenado muy bruscamente. Harvester, que había caído al suelo de rodillas, se incorporó lanzando una maldición. Se había hecho daño en una rótula.

—Pero..., ¿qué diablos de manera de frenar...? ¡Perdone! ¿Le he hecho daño?

Melanie se tocaba la nariz.

—Creo que me ha... Pero..., ¿qué ha ocurrido?

El pasillo se había llenado de voces iracundas. Una mujer gritaba en alguna parte, agudamente y otra llamaba a su hijo a grandes voces.

—Vamos, vamos a ver lo que ha sucedido.

Salieron al corredor. Chocaron contra grupos de personas que habían abandonado sus departamentos y corrían hacia la puerta.

—¡Fuego, hay fuego!

—¡No, diablos, *cré bleu*! No es fuego, es un atropello.

—*Niente* de atropello. Estos malditos conductores nos quieren asesinar.

—¡Maldición!

—Pero..., ¿qué ocurre?

—¡Abran esa puerta, condenación!

—¡Johnnie!

—¡Phillippino!

Por fin la puerta se abrió. Un camarero pasaba entre los grupos, diciendo que cada uno volviese a su puesto, por favor.

La vía estaba llena de gente que descendía de los vagones. Harvester se bajó y ayudó a la muchacha. La noche estaba cerca. Una luz azulada, la luz de los países montañosos al oscurecer, se posaba sobre un paisaje extraordinariamente bello.

A la izquierda de la vía, un barranco de poca altura. Un grupo de hombres bajaba por él. A la cabeza, el maquinista, con su gorra blanda de visera. Luego, los revisores con sus quepis.

Y luego los viajeros.

—Algo ha ocurrido allá abajo —dijo Harvester ayudando a la muchacha a descender—. ¿Viene?

—No me lo perdería por nada del mundo.

La joven se había apretado un pañuelo contra la nariz, que sangraba.

Descendió por el talud, siguiendo al grupo de hombres. El jefe de tren estaba ordenando que llamasen al pueblo más cercano para avisar a la policía...

Ruido, confusión.

Y vieron lo que había motivado todo aquello.

Estaba tendido sobre un macizo de jara.

Inmenso. Enormemente grande en su gordura, que parecía un poco deshinchada.

Harvester tragó saliva.

—No mire —dijo a Melanie.

Pero ya era tarde. La joven había mirado.

—Es... Mavros... Santo Dios, pero ¿cómo ha caído del tren...?

El jefe de tren se volvió hacia ella.

—¿Lo conocen?

—El... viajaba en nuestro departamento.

—¿Sabe su nombre?

—Dijo que se llamaba Mavros y era griego —dijo Harvester tragando saliva—. Eso nos dijo.

Un hombre se abrió paso entre el grupo.

—Soy médico —dijo en francés—. ¿Puedo ser de utilidad?

Sin esperar que le contestasen se inclinó sobre el cuerpo.

—Está muerto —dijo.

—Nadie se cae del tren a esta velocidad sin hacerse daño —repuso el jefe del tren desabridamente—. ¿Quién tiró del timbre de alarma?

Se miraron unos a otros.

—Yo no —dijo uno de los camareros.

—¿Pues, quién? ¿Quién lo vio caer?

El médico había tomado la cabeza del gordo entre sus manos.

Una expresión extraña apareció en sus ojos.

Harvester se inclinó a su vez. El médico tapó el rostro con la mano.

—Vamos a ver, ¿quién lo vio caer y accionó el timbre de alarma?

Los viajeros, en número cada vez mayor iban descendiendo al talud. Arriba seguían interpeándose unos a otros.

—Jefe —dijo el médico.

—¿Qué hay?

—Este hombre... no murió al caerse.

—¿Qué no...?

—No. Mire esto. ¿Entiende de...?

El jefe del tren abrió mucho los ojos. Y Harvester pudo ver lo que los otros estaban mirando. El agujero en la parte posterior del cuello. Un agujero redondo... Había visto algunos así en Corea, trece años antes.

El agujero de una bala.

El jefe se irguió.

—Señores viajeros, ruego a ustedes que vuelvan a sus departamentos. Por favor.

Un hombre de paisano, seguido de otro, llegaba dejándose deslizar por el talud, entre las jaras pegajosas.

—Policía —dijo en yugoslavo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Por fin —dijo el jefe de tren—. Señores, vuelvan inmediatamente a sus departamentos. Agente, por favor, pídales que lo hagan.

Sin brusquedades, pero firmemente, los dos agentes se colocaron entre los pasajeros y el muerto y comenzaron a empujarlos. Harvester los oyó hablar con el jefe de tren cuando ya reculaba, seguido por la muchacha, hacia la vía.

Y se encontraron en su departamento. Un camarero colocado en el pasillo hablaba con los viajeros procurando calmarlos.

—Muerto —dijo la muchacha pálida como una sábana—. Muerto..., pero ¿cómo se ha caído...?

—No se cayó —rezongó Harvester—. Lo mataron.

—¿Qué lo...? Dios mío...

—Lo mataron de un balazo. Me he dado cuenta. No han podido impedirlo, aunque el médico quiso hacerlo.

Lo han matado y lo han tirado a la vía.

Hubo un silencio. La joven tragaba saliva, mecánicamente.

—Pero..., ¿por qué?

—Eso es lo que me gustaría saber —respondió Harvester. Su mano volvió a acariciar en el bolsillo la arrugada bola de papel—. Por cierto que... ¿y su maleta?

Los ojos de la joven se elevaron hasta la rejilla.

La maleta no estaba.

—¿Usted vio que la cogiera? No, es una tontería. No la cogió. Estaba aquí cuando sonó la alarma.

Se miraron a los ojos. El mismo pensamiento atravesaba sus mentes.

—Lo mataron y... han robado su maleta.

—Han podido cogerla alguien —observó el hombre. Tragaba saliva rápidamente.

Porque él mismo sabía que no. No podían darse tantas coincidencias. Todas seguidas. Imposible. Sencillamente imposible.

—Hay que decirlo a la policía —dijo ella.

Harvester pensaba rápidamente. El mensaje, el asesinato..., el robo de la maleta...

—No.

—¿Por qué? —preguntó ella asombrada.

—Porque... no debemos hacerlo. No ahora, al menos.

—No veo la razón. Es nuestra obligación —insistió Melanie.

—Escuche, *miss* Whistler...

Dudó un momento. Luego, comprendiendo que la joven no cejaría en su deseo, comprendió que no tenía más remedio que decirle la verdad, o por lo menos parte de ella.

—Ese hombre me dio algo. El... parecía temer por su vida.

Ella movió la cabeza.

—No entiendo nada, pero nuestra obligación es avisar a la policía.

—Me dio una nota para el cónsul americano en Belgrado. Y en esa nota me decía que podía haber peligro para mí. ¿Lo comprende?

—Ni una sola palabra. No habrá bebido demasiado, o le habrá afectado el suceso, ¿verdad?

—No he vuelto a beber ni una sola gota —protestó Harvester desesperadamente—. Tiene que creerme...

—Está bien, si usted dice que...

Se oyeron pasos en el pasillo. Un policía de paisano y dos de uniforme, llegaban. Se pararon ante la puerta.

—¿Era aquí donde viajaba el muerto? —preguntó uno de ellos en italiano.

Harvester le contestó en yugoslavo:

—Sí. Aquí era.

—¿Habla nuestro idioma? Tanto mejor. ¿Les dijo él algo...?

—¿Sobre qué? Estamos trastornados. Hablamos...

—¿Les dijo quién era?

—Se llamaba Mavros y era comerciante en higos Griego.

El agente de paisano le examinaba fríamente. Sus ojos eran azules y serios.

—Sus papeles, señor.

Harvester se los tendió. El policía los examinó rápida y eficientemente.

—Correctos. ¿Señorita?

—Yo también habló el serbio.

Examinó sus papeles. Luego levantó la cabeza.

—Es curioso —dijo—. Las dos únicas personas..., porque son ustedes las únicas que viajaban en el departamento además de Mavros, ¿verdad?

—Sí. Íbamos los tres solos desde Venecia.

—Es extraño que las dos únicas personas que viajaban con el... accidentado, hablen las dos el serbio, y bastante bien, como compruebo.

—Casualidad —respondió Harvester secamente—. Hay muchas personas que hablan serbio. Y ahora, ¿puedo preguntarle qué le ha sucedido a Mavros?

—Un accidente. Un desgraciado accidente. Tomo nota de sus nombres. Se dirigen ustedes a Belgrado, ¿verdad? Quizá hayan de ser interrogados allí nuevamente.

—Estamos a disposición de las autoridades.

—Gracias. Y..., ¿no les dijo nada más *pan* Mavros?

—Habló de muchas cosas. Todas ellas relativas al paisaje, a su comercio... Nada que pueda servirles a ustedes, creo.

—Si recuerdan algo que pueda tener que ver con el accidente les ruego que lo comuniquen a alguno de los agentes.

—¿Tardará mucho a ponerse en marcha el tren?

—Una hora, poco más o menos. Y... les ruego que no salgan de su departamento si no es absolutamente preciso. Gracias por todo y perdonen las molestias.

Se marcharon.

Melanie Whistler lanzó un suspiro.

—Por un momento he creído que nos iban a detener. ¿Se ha fijado usted qué ojos tan fríos?

—Sí.

—Y ahora, explíqueme eso de la nota.

Los pasos volvieron de nuevo. La cara del policía apareció en la puerta.

—Me olvidaba. ¿No llevaba equipaje *pan* Mavros?

Harvester comprendió que una verdad a medias es siempre mejor que una mentira completa.

—Llevaba una cartera de mano...

—Sí. ¿Nada más?

No era ningún tonto, evidentemente.

—Pues..., sí. Creo que le vi una maleta o... algo así. ¿No es así, *miss* Whistler?

—Sí. Una maleta pequeña, por cierto.

Los ojos del policía eran cada vez más fríos.

—¿Se conocían ustedes dos, antes de subir al tren?

—No. Por supuesto que no.

—¿Ni a Mavros?

—Tampoco.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vieron?

—Antes de la frontera. Salió del departamento. No lo volvimos a ver. Bueno, no lo volvimos a ver con vida.

—¿Usted lo vio allí abajo, donde está su cuerpo en estos momentos?

—Sí, un momento. Luego los policías nos alejaron.

El detective se volvió y habló con uno de los policías de uniforme en voz baja.

Harvester no logró oír lo que le decía, pero cuando el agente se alejó, el policía quedó en el pasillo, paseando lentamente.

—Está intrigado —dijo Harvester, en voz alta, pero en inglés. El policía los miró plácidamente, sin que nada en su rostro revelara haber comprendido. Pero cuando la muchacha iba a contestar él le hizo una rápida seña, indicándole que se callara.

No hablaron más, Harvester sacó un paquete de cigarrillos americanos y le ofreció uno al policía. Éste negó con la cabeza, silenciosamente. Tampoco aceptó un trago de *whisky*. Debía haber recibido órdenes concretas.

Fue al cabo de dos horas cuando por fin el tren se puso en marcha. No llegaron a Belgrado hasta las ocho de la mañana. Y durante todo el tiempo, el policía permaneció en el pasillo.

Cuando bajaron al andén, entre los resoplidos de la máquina y el ajetreo de la llegada, el policía se plantó junto a ellos.

—¿Qué hoteles van a utilizar?

Los dos iban al mismo. El policía tomó nota en una agenda.

—Volverán a interrogarlos.

Y lo perdieron de vista. Los dos jóvenes se miraron.

—Bien, vamos a tomar un taxi —dijo Harvester.

Cogieron uno a la salida de la estación, y le dieron las señas. Luego el coche arrancó velozmente.

—¿Va usted a ir a ver al cónsul?

—En cuanto pueda hacerlo sin despertar sospechas.

—Yo lo que quiero es darme un buen baño y dormir, dormir hasta cansarme. Toda esta noche con ese policía a la puerta...

Acostumbrados al tráfico de Nueva York, ambos encontraban el

de Belgrado muy pobre. Pero ello, precisamente, hizo que en pocos minutos se encontrasen ante el hotel Popular.

Donde, por cierto, tuvieron que bajar sus propias maletas. Pero unos momentos después estaban en sus habitaciones.

El agua salía casi fría, pero Harvester se dio una ducha y se cambió de ropa. Luego bajó al *comptoir*.

—¿Dónde está el consulado americano? —preguntó.

El empleado se lo indicó.

—¿Ha bajado la señorita que llegó conmigo?

—No, señor. No viaja usted con una compañía turística, ¿verdad?

—Naturalmente que no.

—En ese caso, tenga.

Le alargó un librito escrito en serbio, inglés, francés y alemán, en el cual se indicaban los lugares de interés turístico y aquellas cosas que no debían hacer los turistas. Luego le deseó feliz estancia en Belgrado.

Y salió a la calle, amplia y bordeada de casas estilo primeros de siglo entre las que había edificios modernos. Los bombardeos alemanes del principio de la guerra, cuando los «stukas» atacaron la ciudad sin haber declarado aún previamente la guerra, habían destruido muchas viviendas.

Cuando iba a llamar a un taxi, vio algo que le hizo detener el brazo. Un hombre alto, moreno y delgado, con una chaqueta clara y una camisa de color tabaco estaba comprando un periódico en un kiosco.

Harvester tragó saliva. Era el mismo, indudablemente. Bajó el brazo. Podía ser una casualidad, pero... quería saber si lo seguía a él o no.

El edificio del consulado no estaba lejos. Dos travesías más allá, torcer a la derecha y caminar dos manzanas de casas. Recorrió el camino lentamente, hasta llegar a la primera esquina.

Se quedó parado ante un escaparate de artículos de regalo y miró a través del cristal.

Había una camisa color tabaco a pocos metros detrás de él.

Ahora ya no le cabía duda alguna. El hombre lo seguía. A él.

El corazón de Harvester latió apresuradamente, mientras pensaba con rapidez. A nadie podía extrañarle que un súbdito

americano, recién llegado a una ciudad extranjera, visitase su consulado, pero algo le hizo desistir de su empeño, por lo menos por el momento. Tomando una rápida decisión, caminó unos cuantos metros más, y penetró en unos grandes almacenes. Los comercios de este estilo suelen tener dos salidas por lo menos.

Anduvo entre los mostradores y las vitrinas, con el aire de un turista que no tiene prisa, pero aprovechando los cristales y espejos para observar si era seguido. Ni una sola vez dejó de ver la camisa color tabaco.

Aprovechó también para grabarse en la memoria los rasgos del hombre. Tenía la cara de un color bastante tostado, el pelo negro y las manos grandes. Daba la impresión de poseer una gran fuerza física y sus movimientos eran los de un hombre acostumbrado a los ejercicios continuados.

Hacia las diez y media, una gran riada de mujeres, algunas de ellas con los pañuelos coloreados de las campesinas en la cabeza, penetraron en el establecimiento, llenándolo todo con sus chachareos.

Era el momento.

Miró al hombre, y vio que un grupo de mujeres los había separado. Con rapidez se dirigió hacia el fondo, aprovechó que por aquella puerta también entraban varias mujeres y se mezcló con ellas.

Un momento después estaba en la calle trasera.

Anduvo varios metros hasta llegar a la esquina. Se volvió. Nadie que se pareciera al hombre de la camisa marrón.

Un autobús pasaba en ese momento junto a él. Estaba abierto en la parte de atrás. Saltó a ella con rapidez y el autobús, que había aminorado la marcha, prosiguió ésta.

Había logrado hacerle perder la pista al hombre. Con un suspiro de satisfacción, pagó los diez dinares que costaba el trayecto, y fue al meterse la mano en el bolsillo cuando se dio cuenta de que no llevaba la nota.

CAPÍTULO III

Se buscó en todos los bolsillos. Nada.

Un sudor frío le bañó la espalda. El autobús estaba alcanzando el Danubio, atravesado por los puentes. Antes de llegar al primero de ellos, Harvester se apeó.

«Veamos... Llevaba la nota en el bolsillo de la derecha de la chaqueta... ¡Al cambiarme de traje!».

Respiró. Sí, la nota había quedado en la otra chaqueta, la que solía emplear para los viajes, una chaqueta de grueso *cheviot*, con líneas gruesas formando grandes cuadros.

¿Volver al hotel para recuperarla? ¿Y si luego no podía despegarse de aquel individuo?

No, al consulado.

No había ningún taxi a la vista. Se entretuvo un momento, desde el pretil del puente, mirando las turbias aguas del Danubio. Al otro lado de la ciudad se alzaban los primeros contrafuertes de las Sumadia, con el Kusmaj en primer término.

Pero su objetivo estaba al otro lado. En ese momento, un taxi pasó junto a él. Sin pensarlo un momento lo tomó.

El cónsul americano no estaba. Solamente su secretario particular, un joven de modales amanerados.

—Imposible por el momento, querido compatriota. Míster Robeson no volverá hasta dentro de dos días. Está cazando con Milovan Czec, un diplomático. Pero cualquier asunto de trámite, yo mismo puedo solucionárselo. Mi nombre es Gorman.

—Lo siento. Necesito al cónsul.

—Oh, en ese caso... Lamentándolo mucho no puedo, evidentemente...

—Míster Gorman, se trata de un caso muy urgente. ¿No podría usted avisar a míster Robeson...?

—Imposible, querido amigo, imposible. Por otra parte, ¿tan

urgente resulta el caso?

—Probablemente de vida o muerte.

—Oh, esas palabras tan radicales...

—Le aseguro que sí.

—¿Es que ha tenido usted alguna dificultad con las autoridades comunistas? Resulta raro, habiendo llegado esta mañana...

—Escuche, Gorman, ¿conoce usted la razón del retraso *Simplón Oriente Express*?

—Pues... los periódicos no dicen, sino que tuvo que detenerse cerca de una aldea en Eslovenia, pero no la causa.

—¿No dicen por qué? ¿No lo sabe usted?

—Evidentemente no, querido amigo.

—La causa fue un asesinato cometido en el tren.

—¡Asesinato! Oh, qué palabra...

—Déjese de fijarse sólo en el sonido de las palabras, por amor de Dios. Le digo que fue un asesinato.

—Pero..., ¿a quién mataron?

—A un griego. Un tal Mavros.

—¿Y qué tiene usted que ver con ese Mavros?

—Era mi compañero de departamento. Poco antes de morir, un par de horas antes, me dio un mensaje para el cónsul.

—¿Para míster Robeson?

—No dijo nombres. Para el cónsul americano en Belgrado. Y sólo hay uno que yo sepa.

—Naturalmente. No comprendo... Bien, no comprendo nada. ¿Qué clase de mensaje?

Harvester lo tenía en la memoria, grabado indeleblemente. Su mente, acostumbrada al estudio, podía retener cualquier cosa, sin olvidarla, con sólo leerla una vez.

—Eso, Gorman, es lo que tengo que comunicar a míster Robeson personalmente.

—Pero dado que no está aquí...

—¿Insiste en no comunicarse con él?

—Pero si no puedo... Ignoro su paradero exacto. Sólo sé que está de caza con *pan* Czec. Y, aunque lo supiera... comprenderá, mi querido amigo, que su historia es tan... extraña...

Le había faltado poco para decirlo: «inverosímil». El tacto le había hecho callar. Harvester se sintió lleno de indignación.

—¿Quiere al menos comprobar lo que le he dicho?

—¿Lo de la muerte? Evidentemente, vendrá en los periódicos de la tarde.

—Lo del asesinato, Gorman.

—Procuraré enterarme...

—Hágalo, con mil diablos. Y..., ¿cuándo volverá míster Robeson?

—Dos días, espero.

Dos días... Y aquel imbécil poniéndole trabas. Harvester cogió su cámara fotográfica y se la colgó al hombro.

—Está bien. Ya sabe mi dirección. Hotel Popular.

—¿No se moverá de Belgrado?

—No lo creo. Al menos en dos días.

—¿Seguro que no quiere darme la nota de ese hombre, ni decirme su contenido?

—Lo siento. No estoy... Bueno, no puedo.

—¿Lo ve? Si no tiene confianza en mí, que soy americano y el secretario del cónsul...

Harvester volvió al hotel. La muchacha no se había levantado todavía. Lo primero que hizo fue dirigirse al armario y sacar la chaqueta que llevaba durante el viaje.

Metió la mano en el bolsillo...

Nada.

«No puede ser —pensó exasperado—. No la he destruido, estaba aquí y tiene que seguir aquí».

Pero registró todos los bolsillos en vano. La nota no estaba.

Se sentó en la cama y se puso a pensar. La tenía cuando ocurrió el crimen. La tenía cuando se dieron cuenta de que la maleta había desaparecido, la tenía cuando...

«No había vuelto a tenerla después». Al menos, no lo había comprobado. Apretó los labios. No había nada que hacer. O la había perdido al sacar alguna cosa del bolsillo —llevaba en ese mismo bolsillo de la derecha la moneda menuda que había cambiado en Trieste—, o alguien se la había quitado. Pero..., ¿quién?

¿El hombre de la camisa color tabaco?

No se había acercado a él, no al menos lo suficiente como para hacerlo. Mientras contemplaban el cadáver de Mavros algunas personas le habían empujado y rozado, pero...

¿Había sido entonces?

Se encogió de hombros.

Bien. Fuera como fuese, ni el imbécil de Gorman ni nadie lo iba a creer ahora. Lo mejor que podía hacer era olvidarse del asunto y dedicarse a lo que le había traído aquí: conocer el país, practicar la lengua y, si se lo permitían, investigar en los archivos del Museo Nacional algunos documentos antiguos.

El cuarto de la muchacha estaba dos puertas más allá del suyo. Llamó a la puerta ligeramente. Nadie contestó. Sin duda, estaría dormida aún.

Sentía hambre porque ahora se acordaba de que no había tomado más que una taza de café en el tren, poco antes de llegar a Belgrado. Decidió salir a buscar algo que comer.

—Si pregunta por mí la señorita del 128, tenga la bondad de decirle que la veré luego.

—Sí, señor.

Salió.

El hombre de la camisa color tabaco estaba junto a la puerta. El corazón le dio un vuelco.

—Buenos días, señor.

Hablaba en un inglés fluido, con un ligerísimo acento.

—Buenos días.

—Desearía hablar con usted un momento.

—Bueno, trataba de buscar un lugar donde comer alguna cosa...

Se había tranquilizado. El hombre sonreía. Su cara, huesuda, de pómulos muy salientes tenía una fealdad que no resultaba del todo desagradable.

—Puedo llevarle a un lugar tranquilo donde venden un excelente café y unas rosquillas extraordinarias. Es aquí, muy cerca.

Harvester miró a su alrededor. En la esquina del hotel había un policía de uniforme. La gente atravesaba las aceras sin prisa, charlando. El lugar menos a propósito para una emboscada.

—Vamos.

El café estaba aún decorado a la antigua usanza. Divanes de peluche y espejos en las paredes. Pidió café y rosquillas saladas y el hombre, a su lado, una copa de aguardiente de ciruelas.

—¿Le gusta el lugar?

Y de pronto, antes de que Harvester hubiera podido contestar, su

voz cambió. Se hizo más seca.

—¿Por qué escapó antes?

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Por qué me dio esquinazo?

—No recuerdo haber hecho tal cosa.

—Oh, sí. Lo hizo. En los almacenes Vocek. Salió usted por la puerta trasera.

—Salgo siempre por la puerta que me da la gana. No tengo manías en ese aspecto.

Había intentado dar un tono jocoso a su contestación. El hombre había dejado de sonreír.

—¿Qué le dijo Mavros en el tren?

—¿Mavros? ¿El...?

—El muerto, sí.

—No me dijo nada y... me dijo mucho. Me habló de higos.

—No estoy bromeando.

—Ni yo tampoco.

Sorbió su café, que verdaderamente era bueno. Turco, probablemente.

—Escuche, puedo pagarle si me repite lo que le dijo.

—¿Cuánto?

—Pongamos... quinientos mil dinares.

Harvester hizo un rápido cálculo.

—¿Quinientos dólares? Magnífico. Trato hecho. Pues bien, tome nota: Me dijo que los higos griegos eran los mejores del mundo, si se exceptúa probablemente los turcos, y que le gustaba la arqueología, que era una ciencia muy agradable.

Los ojos del hombre no sonreían. Eran... afilados, pensó Harvester.

—No bromeo.

—Yo, tampoco. Eso es lo que me dijo. Si eso vale quinientos dólares para usted...

El hombre terminó su copa de aguardiente y se limpió los labios con un pañuelo de seda.

—¿Sabe usted lo que hace?

—Pues... sé lo que voy a hacer. Recorrer la ciudad de arriba abajo, hasta conocerla bien.

—Lleve... mucho cuidado, señor.

—Lo llevaré, no se apure.

—No me apuro. Pero si decide cambiar de opinión, le llamaré por teléfono esta tarde.

—Hágalo... Mejor no lo haga. No pienso cambiar de opinión.

—Le llamaré de todas maneras.

—Bueno, a su gusto, pero, tal vez, no esté en el hotel.

El hombre dejó un billete de quinientos dinares sobre el mostrador y salió. Harvester lanzó un profundo resoplido. Bueno, ¿y si se dirigiese al primer policía que encontrase y le dijera: «Ese hombre me ha estado interrogando sobre el asesinato del *Simplón Oriente Express*»? ¿Qué ocurriría?

No quería, sencillamente, no le daba la gana ocuparse más de aquel asunto.

Pero los ojos del hombre...

Se asomó a la puerta del café y miró. El hombre caminaba lentamente por la acera, sin volver la cabeza.

Harvester, con la máquina fotográfica al hombro, lo siguió. Pero al llegar a la primera esquina, el hombre se metió entre un grupo de obreros que acababan de salir de un gran edificio y un momento después lo había perdido de vista.

«No sirves para seguir a nadie», pensó, sonriendo ligeramente. Y volvió al hotel.

—Escuche —le dijo al empleado—. Mientras yo estaba fuera esta mañana, ¿ha preguntado alguien por mí?

El empleado lo miró inescrutable.

—Nadie.

—¿Está seguro?

—¿Alguien sabía que se alojaría aquí usted?

—No lo sé. Le estoy preguntando yo.

—Y yo le estoy respondiendo. Nadie ha preguntado por usted.

Llamó de nuevo a la puerta de Melanie Whistler y esta vez la voz de la muchacha respondió:

—¿Sí?

—¿Puedo entrar? Soy Harvester.

—Acabo de salir del baño. Vuelva un poco más tarde o... espere a que vaya yo a su habitación.

—Quería preguntarle si comería conmigo.

—Lo siento, me es imposible. Tengo un compromiso.

—¿Un compromiso?

Le parecía haberle oído decir que no conocía a nadie en Belgrado. O..., ¿no lo había dicho?

—Bueno, lo siento.

Volvió a su cuarto. Una media hora después, ella entró.

Se había cambiado de traje. Llevaba un vestido amarillo con alto cuello, un casquete del mismo tejido y tacones altos.

—Caramba —dijo Harvester—. Me gustaría ser su cita. ¿Sabe que...?

—¿Mi cita? Ah.

Ella sonreía.

—Así que le gusta mi vestido.

—Y lo que va dentro de él.

Había respondido sin pensar. Pero ella no pareció molestarse.

—¿Ha ido al consulado? —preguntó bajando la voz.

—Sí, y ese imbécil...

—¿El cónsul?

—No, su secretario. Un idiota integral. No me ha hecho el menor caso. Y he decidido olvidarme de todo ello. Al fin y al cabo, son mis vacaciones, y me gusta disfrutar de ellas. ¿Seguro que no puede comer conmigo?

—Imposible. Ya le he dicho que tengo una cita.

—¿No puede postergarla?

—Oh, no, por supuesto que no. Pero tal vez mañana...

—Mañana no es hoy. Pero, bueno. Como quiera.

Se sentía despechado. La alegría de la joven, sus ojos brillantes, todo ello le hacía pensar en una cita con un hombre.

—¿Varón? Me refiero a su cita.

—¿No resulta usted muy curioso, míster Harvester?

—Mi nombre es James, pero mis amigos me llaman Jim. ¿Por qué no prueba a hacerlo también usted?

—Es usted muy curioso, James. Bien, nos veremos a la tarde.

Dio media vuelta, que hizo revolotear sus amplias faldas, que le llegaban apenas a la rodilla y salió. Harvester la contempló marchar con un sentimiento de frustración que le pareció un poco ridículo. Al fin y al cabo, ¿qué suponía que ella hubiera dormitado algunos ratos en su hombro antes de llegar a Belgrado? Nada. Absolutamente nada.

Luego volvió su pensamiento a la nota perdida. Una pelotilla de papel se pierde fácilmente. Al sacar las monedas para pagar al taxista...

Volvió a mirar por si estuviera oculta en algún pliegue del bolsillo. Nada.

Desistió. Además, se aproximaba la hora de comer.

Mientras lo hacía, en el comedor del hotel, un hombre se asomó a la puerta, acompañado del empleado del *comptoir*. Éste señaló en dirección a Harvester, y luego se retiró.

—¿Míster Harvester?

—Sí, soy yo.

El hombre era de estatura mediana, muy ancho de hombros, de cabello color arena y ojos azules.

—Soy el inspector Krilovic. Quisiera hacerle unas preguntas.

—¿No puede esperar a que termine de comer?

—Lo siento.

Se sentó frente a él. Llevaba un traje de confección, barato, pero de buena calidad. Sus manos eran grandes y velludas.

—Hábleme de Mavros.

Harvester le dijo lo que sabía, entre bocado y bocado. Krilovic no tomaba notas. Pero sus ojos eran sorprendentemente agudos. Harvester estaba seguro de que no perdía una sola de sus palabras y que las recordaría todas después.

—Y eso fue todo.

—¿Seguro? ¿Todo?

—Por completo. Seguro. Ciento por ciento seguro.

—Puede ser. Usted tiene permiso de residencia turística por un mes.

—Nunca lo he negado.

Harvester lo miró.

—¿Qué es lo que ocurrió? Un hombre se cayó por la portezuela de un tren, comprendo que su obligación es hacer preguntas, pero...

—Sí, es nuestra obligación.

—Camarada Krilovic, ¿hay algo oscuro en esa muerte?

Se hubiera mordido los labios después de hacerle la pregunta.

—¿Por qué habría de haberlo?

Los ojos azules de Krilovic lo examinaban con fijeza casi molesta.

—Pues...

—¿Usted bajó del tren para ver al cadáver?

—Sí, como muchos de los que...

—¿Vio al hombre?

—Sí, claro.

—¿Observó algo que le llamara la atención?

—No...

—¿Qué fue ello?

—Nada.

—Míster Harvester, le voy a dar un consejo. Nosotros no tenemos tanta fama como los policías americanos, por lo menos lo que de ellos dicen las películas, pero... conocemos nuestra obligación y nuestro oficio, y no nos gusta que nos mientan.

—No le estoy mintiendo.

Había dado a su voz el tono exacto de indignación.

—Bien, escuche. Si vio algo raro en aquel cadáver, le aconsejo que me lo diga. Y si no lo recuerda en este momento, y lo hace posteriormente, le sugiero que vaya a la policía y me lo diga. Lamentaría que sus vacaciones se estropearan, pero... no está en mi mano impedirlo... tal vez.

Se puso en pie.

—Así que era un comerciante en higos, ¿no?

—Eso fue lo que me dijo. No podría poner las manos en el fuego sobre ello.

Hizo una pausa.

—¿Es que no lo era?

—Su documentación así lo aseguraba.

—En ese caso...

—En ese caso no salga de Belgrado.

—Escuche un momento. Yo he sacado un visado para todo el país, excepto algunos lugares específicamente marcados. Conozco mis derechos como turista y...

—Es un consejo amistoso, míster Harvester. Hasta tanto recuerde si hay algo más que lo que nos ha dicho, le aconsejamos que no salga usted de Belgrado.

—¿Sabe que puedo quejarme a mi cónsul?

—No veo ningún inconveniente. Hágalo cuando... míster Robeson vuelva de su excursión de caza.

Hizo una ligera inclinación de cabeza y salió del comedor. Harvester, que había terminado de comer, salió tras él. Le vio hablando con el empleado, y cómo éste movía la cabeza negativamente, señalándole el casillero de las llaves. Comprendió. Estaban hablando de la muchacha.

Con un confuso sentimiento de inquietud, que cada vez se agudizaba más, volvió a su cuarto.

CAPÍTULO IV

Eran las siete de la tarde. Había tomado varias fotografías de los monumentos y de las iglesias antiguas. Por unos momentos había logrado olvidar hasta el cadáver de Mavros.

Había cruzado el Danubio y en este momento estaba en la parte vieja de la ciudad, pensando en que era hora de volver al hotel.

—¿Me puede dar un cigarrillo americano?

El hombre era alto y se tocaba con una gorra de paño, con visera. Sus ropas eran toscas.

Harvester dudó sólo un momento. Luego sacó el paquete. El hombre alargó la mano y cogió uno. Lanzó una mirada atrás.

La calle era estrecha y subía en cuesta. En ese momento sólo dos mujeres había a la vista. Las dos hablaban en un portal de amplia arcada.

Sólo en ese momento se dio cuenta Harvester de que las cosas no eran normales.

El hombre se había puesto el cigarrillo en la boca y llevado la mano al bolsillo como para sacar algo para encender.

Pero lo que sacó fue una pistola de pequeño calibre. La gran mano del desconocido la tapaba casi por completo.

—Venga a mi lado.

—Oiga...

—He dicho que venga a mi lado.

Hablaban los dos en serbio. El aspecto de la pistola, pese a su pequeñez, era francamente inquietante.

—¿Qué quiere?

—Sin preguntas. Vamos, venga conmigo. Hacia esa casa.

Señalaba la acera derecha. Un amplio portal se abría ante ellos.

—¿Entiende? No estoy bromeando.

Harvester caminó hasta la acera.

—Vamos, entre.

Harvester dudó. Un solo grito, y las mujeres... Bueno, ¿qué podían hacer dos mujeres contra un hombre armado con una pistola? Y... aquellos ojos eran duros.

Penetró en el portal.

«Y ésta es —pensó Harvester— la Yugoslavia de los prospectos de turismo. Visite nuestro gran país, y goce en él de sus vacaciones. Las costas idílicas...»

—Vamos, siga adelante he dicho.

El pasillo se alargaba, hasta llegar a un patio empedrado con guijarros puntiagudos. Dos puertas se abrían a él. Una de ellas estaba entornada.

—Por ahí.

El patio estaba cubierto por una espesa parra de la que colgaban racimos agraces aún.

Entró. Una habitación con suelo embaldosado, con motivos árabes.

—¿Quiere explicarme...?

—Más tarde. Siéntese en esa silla.

Lo hizo. El hombre jugueteó con la pistola.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Esperar.

Harvester metió la mano en el bolsillo para sacar los cigarrillos. El hombre le hundió la pistola en las costillas.

—Sólo quiero los cigarrillos.

—Démelos.

Cogió el paquete y se lo guardó en el bolsillo, dejándole uno a Harvester. Luego encendió ambos.

—¿Quién tiene que venir...?

—Ya lo sabrá pronto.

Había una mesa en un rincón de la habitación. Y una puerta detrás de ellos. Harvester no la oyó abrirse, pero una corriente de aire le dio en la nuca.

Se volvió. Un hombre había aparecido en ella.

Alta estatura. Pelo negro y ojos azules. Una de sus orejas estaba aplastada o rota, no lo distinguía bien porque la luz estaba muy tamizada por las hojas de la parra.

—Bien, así que éste es Harvester.

—Sí, y me gustaría que me explicase...

—Después. Antes vamos a hablar de Mavros.

Mavros, siempre Mavros. ¿Quién diablos era Mavros en realidad? ¿Por qué...?

—Mire, amigo...

El hombre iba en mangas de camisa. Llevaba una faja de color oscuro rodeándole la cintura, como muchos campesinos, y un chaleco floreado. Sus pantalones eran de grueso paño. Hubiera parecido un campesino, en efecto, a no ser porque Harvester le vio las manos. Eran finas, aunque fuertes. Aquellas manos no habían manejado la azada jamás.

—Vamos a hablar de Mavros. Usted iba con él en vagón. Y él le hablaría de algo.

—Sí, y...

—¿Qué quería Karas de usted?

El hombre se había sentado encima de la mesa. Sus largas piernas se balanceaban.

—¿Karas? ¿Quién es?

—El hombre de la camisa marrón.

Y silbó suavemente, con buena entonación. Aquella musiquilla...

Era la misma que había oído en el pasillo del tren.

—Usted estuvo hablando con él esta mañana. ¿Cuánto le ofreció?

—¿Ofrecerme?

—¿Se está usted haciendo el idiota?

—No, no es ésa mi intención, desde luego, pero...

—¿Cuánto le ofreció y... por qué se lo ofreció?

—Pues... me ofreció quinientos mil dinares por repetirle lo que me dijo Mavros.

—¿Y qué fue?

—Higos.

El hombre sonrió.

—Dale, pues.

Algo muy duro descendió sobre la mejilla de Harvester.

El golpe casi le hizo perder el conocimiento. Era como si las muelas se le hubiesen puesto a bailar en sus alveolos. Cerró los ojos, y una oleada de indignación lo recorrió.

Pasado el primer momento de aturdimiento, se puso en pie y...

Nuevamente lo golpearon, esta vez en la nuca. Se vino a tierra,

gimiendo de dolor.

—¿Lo ve? No jugamos. ¿Qué fue ello?

—Me habló de higos. De ninguna otra cosa.

El hombre del chaleco campesino le estaba mirando con atención.

—¿Le gusta que le golpeen?

—No. Y...

—Espere, luego nos amenazará con la cólera de su país, de su cónsul y de todos los santos del cielo. Pero ahora... conteste. ¿Sabe usted que hace dos meses el cadáver de un hombre apareció en el Danubio, y que nadie fue capaz de reconocerlo? ¿Le gustaría que le ocurriese a usted algo por el estilo?

Harvester apretó los labios. Volvió lentamente la cabeza hasta observar al hombre de la gorra de paño. Al hombre que le golpeaba.

Estaba calculando las posibilidades que tendría si se ponía de pronto en pie, saltaba hacia el de la mesa, con la cabeza baja...

Muy pocas.

—¿Puede usted escucharme sin que ese energúmeno vuelva a golpearme?

—Puedo.

—He repetido ya la historia varias veces. Tres veces, para ser exacto. Mavros no me habló de otra cosa más que de higos, del tiempo y de arqueología. Nada más. Y sí, soy americano y no pienso...

—Espere. Luego me amenazará, repito. Ahora... dígame qué fue de la maleta de Mavros.

—¿Maleta? No lo sé. No me fijé en ella, eso es todo. Llevaba una cartera...

—Sí, ya lo sé. Una cartera negra, con cremallera. Pero ¿la maleta?

—No lo sé.

—¿Se lo ha dicho así a la policía?

—Ellos no me han preguntado por la maleta. Quizá la tengan ellos.

Los ojos azules estaban fijos en él.

—¿Le gustaría bañarse en el Danubio?

—Claro que no.

—Entonces, estúpido, hable.

Se había bajado de la mesa. Sus ojos brillaban con reflejos verdosos.

—Hable si no quiere que lo matemos aquí mismo. Tú, coge la máquina de fotografiar.

El hombre de la gorra le arrancó la máquina del hombro.

—Dámela.

La cogió y ante Harvester se realizó uno de los actos más vandálicos que viera en toda su vida. El hombre del chaleco bordado y de la oreja aplastada sacó primero el carrete y se lo guardó en un bolsillo. Luego, comenzó a romper la máquina. Sus fuertes manos la destrozaron en poco tiempo. Una «I-Kontax» que le había costado dos cientos dólares, quedó en poco tiempo reducida a sus más pequeñas partes.

—Si me hubiera dicho lo que buscaba...

Un nuevo golpe. Esta vez dirigido a sus riñones. El dolor le quemó toda la espalda como una llama.

—No hay nada —dijo el hombre.

—Claro que no. ¿Que esperaba encontrar?

—Dale.

A la cabeza y a la nuca. Harvester comprendió que iba a perder el conocimiento si continuaba aquello. Y bien, ¿por qué no decirles lo que contenía la nota de Mavros? Así terminaría aquel suplicio.

Pero su dignidad herida y bien herida, se lo impidió. No hablaría, malditos fueran. No abriría la boca.

—Déjalo ya.

Y luego:

—¿Y la chica que iba con usted?

—No lo sé. No la he visto desde el mediodía.

—¿Ella habló con Mavros?

—Sí, lo mismo que yo. Oyó lo mismo.

—Escuche. Creo que está diciendo la verdad. Que usted no es más que un turista tonto. Lo creo. Pero... si dice a alguien una sola palabra de lo que ha ocurrido aquí, amanecerá un día en el Danubio con una bala en la cabeza. No le gustaría, ¿verdad?

Harvester cerró la boca.

—¿Hablará?

—No.

—Está bien.

Hizo un gesto con la cabeza. Pero a Harvester apenas le dio tiempo a pensar en qué significaría. Un nuevo golpe se abatió sobre él y esta vez perdió el conocimiento.

Lo recobró cuando ya era de noche. Estaba en un lugar absolutamente desconocido para él. Un campo sembrado de algo que le pareció trigo. Se puso en pie, tambaleándose. Sí, era trigo, aunque maldito lo que le importaba ahora.

Caminó lentamente, sintiendo que los riñones le latían dolorosamente. Sus pies tocaron algo más duro que la tierra labrada. Un camino...

Y a lo lejos, una luz.

Caminó hacia ella. Se trataba de una casa de campo, de paredes blanqueadas en su parte superior.

¿Dónde diablos estaba? La cabeza le dolía, los riñones también, todo su cuerpo le parecía un puro dolor.

Llamó a la puerta. Ésta se abrió tras un momento de espera y una cara barbuda apareció.

—¿Quién es usted? ¿Se ha perdido?

El campesino ya había visto sus ropas, a la luz del farol que llevaba en la mano.

—¿No es usted de aquí?

—Creo que me he perdido. ¿Dónde estoy?

—En Ovca.

—¿Está muy lejos Belgrado?

—Usted no es de aquí.

—No. He tenido un accidente...

El campesino se apartó.

—Entre.

Harvester pasó a la sala común de la granja. El campesino dejó el farol sobre la mesa y se volvió hacia él.

—¿Dónde ha sido el accidente? ¿Cómo?

—Escuche, la verdad es que bebí mucho y perdí el sentido. Eso es todo. Lo que quiero es llegar a Belgrado. No, no soy de aquí.

—Si la policía lo sabe, me pondrá una multa.

—Yo puedo pagarla.

Sacó la cartera y dejó algún dinero sobre la mesa. El campesino lo cogió.

—Belgrado está a poca distancia, al Sur. Pero no diga que yo le

ayudé. Me pondrían una multa.

—No lo diré, no se preocupe. ¿No podría...? No, claro, no tiene usted ningún vehículo.

—La carreta, nada más. No tengo tractor.

—¿Cuántos kilómetros hay a Belgrado?

—Quince.

Harvester lanzó un quejido. Quince kilómetros... En la finca no tenían luz eléctrica. No habría, por tanto, teléfono. Sencillamente: no estaba en Estados Unidos.

Cuadró los hombros. Había que hacerlo.

—Tome esa carretera. Ella le dejará en la general —dijo el campesino—. Luego recto, al Sur.

—Gracias. ¿No tiene algo para comer?

El campesino colocó ante él pan y cerdo frito. Pese a sus dolores, Harvester comió con apetito y luego se despidió del labrador.

Y comenzó a andar.

Quince kilómetros para alguien no acostumbrado a andar, sino a moverse en coche, son muchos kilómetros. Y si ese alguien ha recibido una paliza y le duelen todos los huesos... Bueno, resulta una espantosa tortura.

Pero echó a andar. Eran las once cuando comenzó. A las dos veía las luces de Belgrado a los lejos.

Cuando llegó al hotel, el empleado lo contempló con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde ha estado usted? ¿Qué le ha ocurrido?

—Se lo diré mañana.

—Señor, la policía ha preguntado por usted.

—Bueno, también la verá mañana.

Llegó hasta su habitación y cuando cerraba la puerta oyó el ruido de otra que se abría.

Esperó. Unos pasos. Luego, la voz de la muchacha.

—¿Puede abrir?

—Desde luego.

Melanie entró. Al verlo, se quedó parada.

—¿Qué le ha ocurrido?

Harvester se dirigió hacia el espejo y se contempló la cara. La tenía magullada.

—Esto no es nada —dijo—. Tendría usted que verme la espalda.

O puede que no hayan quedado señales.

—Pero..., ¿qué es lo que le ha ocurrido? La policía ha estado aquí preguntando por usted... Y por mí.

—¿La han llevado a algún sitio?

—Me interrogaron aquí. Pero el hombre que lo hizo, Krilovic, parecía muy molesto por el hecho de que usted no estuviera aquí. Quítese la camisa.

—¿Por qué?

—Quiero verle la espalda.

—Caramba.

—No sea estúpido. Sólo quiero ver si le han hecho algo. ¿Qué le ocurrió?

—Dos individuos estuvieron tratando de convencerme de que les dijera algo sobre Mavros.

Se había quitado la camisa y se tendió en la cama, de espaldas. Sintió las manos de ella que le recorrían el cuerpo. Lanzó un gemido.

—No parece que tenga nada roto. Al menos ninguna costilla. Pero sí que le han dado fuerte.

—No tenga ninguna duda acerca de ello, Melanie.

—En mi maleta tengo un buen linimento. Se lo traeré.

—¿Por qué no es usted un ángel y me lo da usted misma?

Ella lo miró un poco dubitativa.

—No se trata de ser ángel. Se trata de que...

Harvester se sentó en la cama. Su fuerte tórax brillaba a la luz.

—Escuche. Le voy a decir una cosa: los tipos que me han hecho esto lo van a pagar todo junto. Le voy a decir a la policía todo cuanto sé.

—¿Qué es... qué?

—Lo de la nota. ¡Ay, Dios! La he perdido.

—Le traeré el linimento.

Volvió al cabo de unos instantes con un frasco en la mano.

—Tiéndase.

Las manos suaves, casi tiernas, le recorrieron la espalda repartiendo el líquido, que quemaba. Pero un momento después, sintió una extraordinaria sensación de bienestar.

—Cuéntemelo todo —dijo ella frotando.

—Hay por lo menos dos partes interesadas en lo que Mavros

podiera saber o decir, o en el mismo Mavros. Aparte, naturalmente, de la policía. Una de ellas se compone, que yo sepa, de un hombre solo, el tipo aquel de tren, el que llevaba una camisa marrón oscuro.

Le estaba entrando una somnolencia invencible.

—Otra, dos hombres. Uno de ellos es un gorila con una gorra de paño y el otro va por el mundo vestido como un campesino en traje de fiesta. Camisa blanca, chaleco con bordados y faja. Pero no es un campesino. Y tiene una oreja rota o aplastada.

—Siga.

El sueño estaba ya montado encima de sus párpados. Apenas podía abrir éstos.

Se dio la vuelta y cogió a la joven por los brazos.

—¿Qué quiere?

—Diablos, ni yo mismo lo sé.

Acercó a la muchacha hacia sí. Ella no resistió.

—Siga contando.

—No puedo, me duermo.

—Pues entonces, buenas noches.

Las caras estaban ya muy juntas. De los cabellos de la muchacha se escapaba un perfume intoxicante.

—Más vale que duerma.

—Sí, claro.

Besó aquellos labios rojos, apretando hasta hacerle daño y hasta hacerse él mismo. Ella no resistía. Harvester la soltó.

—Eres de hielo.

Melanie se puso en pie.

—No, simplemente, sólo juego cuando quiero. Y ahora... simplemente no quiero. Duerme.

—Espera...

Pero ella estaba ya en la puerta.

—Ah, el policía dijo que si mañana no te presentabas en la comisaría comenzarían a buscarte y habría disgustos.

—¿No lo has tenido tú?

—¿Yo? ¿Por qué habría de tenerlos?

Harvester se puso en pie.

—Espera...

—No. Mañana hablaremos. Ahora, duerme.

Cerró la puerta tras de sí. Harvester se desnudó del todo y se

puso el pijama.

Estaba hablando en voz alta, como si estuviese borracho. Y casi lo estaba, pero de cansancio y de sueño.

«Dos partes... Un tipo de camisa oscura... y la nota que se ha perdido o la he perdido... Ese tipo vestido como un campesino, pero que no es un campesino...»

Se cubrió con el embozo.

«Perdida la nota... o...»

Se desveló bruscamente. Se incorporó.

¿Perdida?

¿O robada?

¿Quién había podido entrar en su cuarto por la mañana? ¿Quién sabía que aquella nota estaba en su bolsillo? ¿Quién sabía que...?

¿Melanie?

—¡Santo Dios! No puede ser.

—Pero..., ¿por qué no? Ella sabía dónde estaba nota. Ella la había visto. Ella había estado toda la mañana en el hotel, a dos pasos de esta misma habitación... ¿Por qué no...?

Su cabeza cayó contra la almohada y un momento después estaba dormido.

CAPÍTULO V

Cuando llamó a la puerta de la muchacha, eran casi las doce. Había dormido todo ese tiempo como un leño.

Nadie respondió. Bajó.

—La señorita se ha marchado ya.

—¿Ha dejado alguna nota o algún recado para mí?

—Ninguno, no señor.

Krilovic lo recibió sentado tras una mesa.

—Estuve tratando de hablar ayer por la tarde con usted. ¿Dónde estaba?

Harvester había cambiado de idea. No iba a hablar. Simplemente, tenía antes que averiguar si la nota había caído de su bolsillo al sacar el dinero, o... alguien se la había quitado. No, no iba a hablar... aún.

—Muy sencillo. Los folletos de turismo, mienten.

—¿Sobre qué?

La voz de Krilovic era fría, impersonal.

—Sobre la seguridad de los caminos y de las calles en Yugoslavia. Camarada Krilovic, en Belgrado hay ladrones.

—¿Sí? ¿Qué le han robado?

—El dinero. En una calle cuyo nombre ignoro, al otro lado del río. Me dieron un golpe en la cabeza y cuando me desperté estaba en un campo, a quince kilómetros de la ciudad. Vine andando.

—Míster Harvester, usted es americano...

Krilovic se puso en pie y comenzó a andar lentamente por el despacho, con un cigarrillo colgando de la comisura de la boca y las manos a la espalda.

—... Un turista americano, y nuestro deseo es que todos los turistas se encuentren a gusto en Yugoslavia, para que vuelvan o hagan venir a sus amistades.

—Muy lógico. En ese caso, vigilen a sus ladrones.

—Aquí hay rateros, como en todas partes, pero... Bien, enfoquémoslo de la siguiente manera: ¿usted quiere presentar una denuncia?

—Naturalmente. Me robaron también la máquina fotográfica.

—Muy bien. Usted presenta la denuncia y nosotros la atendemos. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero..., ¿está seguro de no habernos ocultado nada?

—¿Yo? Nada, por supuesto que nada.

Krilovic lo miraba de una manera extraña.

—Está bien. Ponga su denuncia.

—¿Por escrito?

—La puede dictar a un funcionario.

Harvester lo hizo. La firmó y luego se puso en pie.

—¿Puedo irme?

—Naturalmente. Puede irse.

—¿Nada... más?

—Nada más.

Salió de la comisaría. El consulado no estaba lejos.

Cuando llegó, Gorman, el secretario, lo recibió al momento.

—¿Usted? Magnífico. Míster Robeson ha regresado impensadamente. Puede usted hablar con él.

—Gracias.

Robeson era un hombre de unos cincuenta años, de pelo blanco plateado, que había recibido, indudablemente, los cuidados de un peluquero experto. Cada onda aparecía en su lugar. Y olía a loción.

—¿Míster Harvester? Encantado. Siéntese, por favor. Gorman, que no nos moleste nadie.

—Desde luego, míster Robeson.

La puerta se cerró. La actitud de Robeson no cambió, pero sus ojos parecieron más agudos, más vigilantes.

—Míster Harvester, tengo entendido que tiene usted un mensaje para mí.

Harvester encendió un cigarrillo. Su mano no temblaba.

—Ante todo, ¿tiene usted confianza en Gorman?

—¿En Gorman? Sí. ¿Por qué?

—Luego lo sabrá.

Hizo una pausa. Los dos hombres se miraban rectamente a los

ojos.

—Tengo un mensaje para usted, míster Robeson. Un mensaje de un tal Mavros.

La mano de Robeson se tendió.

—No. Tengo el mensaje, pero no escrito. De palabra.

—Y..., ¿cuál es?

—¿Conoce usted a Mavros?

—Tal vez.

—Necesito una contestación categórica. ¿Sí o no?

—Harvester, usted es americano. Turista americano.

—Esas palabras parecen un eco. Las he escuchado ya esta misma mañana.

—¿Dónde?

—En una comisaría de policía. De labios de un camarada inspector o como quiera que los llamen aquí. De un tal Krilovic.

La mano de Robeson, que sostenía un cigarrillo para llevárselo a la boca, se paralizó.

—¿Krilovic?

—Sí.

—Krilovic no es inspector de policía.

—¿Qué es, pues?

—Un poco más tarde. Por favor, Harvester, prescindamos de circunloquios. ¿Cuál es el mensaje que tiene para mí? Y..., ¿es personal para mí?

—Sí.

Se inclinó hacia delante.

—«Marcus no pudo terminar. Procuren coger a Lucas». Ése es el mensaje.

La cara de Robeson estaba impasible. Pero sus ojos no. Sus ojos parecían las puntas de dos negros alfileres.

—¿Nada más?

—Sí. La advertencia de que destruyese la nota. Peligraba mi vida.

—Ya. Bien, míster Harvester, le quedo muy agradecido, aunque ignoro lo que puede significar ese mensaje...

—No.

—¿Cómo?

—He dicho: no.

—No entiendo.

—Sí. Mavros murió poco después. Alguien lo tiró por la portezuela de uno de los vagones del *Simplón Oriente Express*... con un balazo en la cabeza. Vamos a hablar claro, Robeson.

Éste había dejado el cigarrillo sobre el cenicero. Sus manos se juntaron por encima de la cabeza.

—Siga.

—Pude verlo, pese a que los policías y los empleados del ferrocarril intentaron ocultarlo. Lo habían asesinado. Y... desde que llegué a Belgrado, ayer por la mañana, no he tenido un momento de respiro. Alguien intentó comprarme por quinientos dólares, para saber lo que me había dicho Mavros. Y luego dos individuos me asaltaron y me dejaron tendido en un campo. Tuve que regresar caminando hasta Belgrado. Andando. Pero eso, después de golpearme hasta cansarse. Y ahora...

—Harvester, el mensaje no se lo dio Mavros de palabra. De lo contrario, no le hubiera dicho que lo destruyera. ¿Dónde está? ¿Lo destruyó?

—No.

—¿Dónde está?

—Lo he perdido.

—¿Dónde?

—Lo ignoro. Sólo sé que lo he perdido. Hice con él una bolita y lo conservé en el bolsillo. Ayer por la mañana vi que lo había perdido.

—Eso es muy sensible.

—¿Por qué?

—No importa. Bien, el caso es que...

—Robeson, quiero saber a qué viene todo esto.

—No puedo decírselo. Como antes le dije: usted es americano y...

—No me vale. He sido golpeado, han tratado de sobornarme y... Bueno, el caso es que quiero enterarme.

—¿Le ha hablado a Krilovic de ello?

—Krilovic anda detrás de mí, pero no le he dicho nada de lo que quiere saber. Y ahora... ¿Qué es lo que ocurre?

—No me ha dejado terminar. Harvester, este asunto es explosivo.

—¿Mavros?

—Sí. Si usted quisiera podría volver a su hotel, y continuar su vida de turista americano. La policía volvería a molestarle algo, quizá, pero...

—No.

Robeson suspiró.

—Tal vez tenga razón. Las cosas han ido un poco lejos. Bien, voy a ser sincero, pero... usted debe darme su palabra de honor de que nada de lo que se diga en este despacho saldrá de su boca.

—Lo siento. No puedo hacerlo antes de saber de qué se trata.

—Harvester, ¿qué sabe usted acerca de Mavros?

—Me dijo que era griego y comerciante en higos.

—Sólo una parte de eso es verdad. Y aun así no mucha. Mavros no era griego, sino americano. Y no comerciaba en higos, aunque tuviese un almacén en Salónica dedicado a esa actividad.

—En ese caso..., ¿qué...?

—¿Qué hacía? Trabajaba para el Gobierno americano.

—¿Un espía...?

—Ésa es una palabra mandada a retirar. Una palabra que quedó fuera de lugar en el lenguaje moderno. No se espía: se trabaja para el país de uno o para un país enemigo del de uno. O amigo del de uno. Es un trabajo como pueda serlo el instalarse ante una mesa, ante un torno, ante un tablero de dibujo.

Harvester sonrió. Aunque al hacerlo le dolía la cara por los golpes recibidos la noche anterior.

—Igual, no.

Robeson le miró.

—¿Lo dice por lo que le ha ocurrido a usted? Lo siento. Eso es... ha sido una condenada casualidad. Ahora bien: Mavros sabía lo que hacía y...

—Y cobraba por ello. Yo sólo he cobrado en golpes. Y en humillación. Y en ver mis vacaciones arruinadas. En eso solamente. Pero... no voy a quejarme. Lo que no quiero, en absoluto, compréndame bien, en absoluto, es ignorar por qué me ocurre todo esto. Y espero que usted me lo aclare.

Robeson lo pensó. Un solo momento.

—Lo haré. Lo voy a hacer. Y espero que tenga la suficiente sensatez como para aceptarlo como es, Harvester. Mavros era uno

de los mejores agentes del contraespionaje americano. Nacido en Grecia, criado en Turquía, y por fin llevado a Estados Unidos, hablaba once idiomas, pero no como pueda usted hablar el serbio, sino como un nativo.

—Lo sé. Le oí expresarse en italiano y en francés.

—Y además sabía vivir en cualquier país de Europa. Era, en suma, un ciudadano del mundo. Pero su alma era americana. Nos servía con toda lealtad. Y ahora ha muerto, cuando...

—Siga.

Harvester tenía la boca seca. Se estaba acordando de la hábil manera como el gordo Mavros había sabido entregarle la nota y llamarle la atención sobre la necesidad de no hablarle de ella. Sí, no cabía duda, había sido extraordinariamente inteligente.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que significa el mensaje que acaba de dar? No. Ya sé que no. Y, sin embargo, de él depende la suerte de uno de los hombres más importantes de Europa en este momento.

Hizo una pausa. Si estaba nervioso, ese nerviosismo sólo se transparentaba por la forma en que aplastaba los cigarrillos antes de haber llegado a la mitad.

—Escuche, Harvester, si algo de esto sale de su boca, ya puede irse despidiendo, no sólo de sus vacaciones, sino también de su tranquilidad cuando llegue a Estados Unidos. No, no crea que bromeo.

—No, desde luego, pero en Estados Unidos...

—Escuche y entienda bien. Hay muchas maneras de hacerle la vida desagradable a una persona y nosotros... quiero decir hay quien puede hacérsela a usted.

—Un momento. Usted es...

—Un agente del Gobierno de Estados Unidos, sí. Pues, bien, ya lo sabe. Oiga, pero no repita nada. A la altura en que estamos, creo que puedo serle sincero, ya que sabe algo, pero no diré más que lo imprescindible y deberá conformarse con ello. ¿Entendido?

—Sí.

—Voy a ello.

Encendió un nuevo cigarrillo.

—El rey de Yugoslavia, cuando empezó la guerra...

—Era el padre del actual Pedro, que se encuentra en Inglaterra

exiliado. El rey Alejandro, padre del rey Pedro. Conozco la historia de este país, no sólo su idioma.

—Muy bien. Mejor. Así quizá haya oído hablar de la fortuna personal del rey Alejandro.

Harvester asintió.

—Está en un Banco suizo, bajo una cuenta numérica. Esto quiere decir que sin conocer dicho número, nadie podría acceder a esa fortuna, que se calcula en bastantes millones.

—Exacto. Tanto el actual rey Pedro, en el exilio en Inglaterra, como el mariscal Tito, como otras muchas personas, han tratado de averiguar el número de esa cuenta sin conseguirlo.

Harvester comenzaba a entrever un rayo de luz.

—Creo que...

—Sí. Ahora bien, hace algunos meses, un alto empleado de un Banco suizo, fue despedido por irregularidades en su trabajo. Ese empleado, después de cumplir condena, se puso en comunicación con diversas personas, asegurando que podría proporcionarles el número de la cuenta bancaria del rey Alejandro.

—Caramba.

—Sí, parece cosa de película, pero no lo es, desgraciadamente. Se me avisó a mí, ya que una de las personas con las que se puso en contacto estaba vinculada a los servicios secretos norteamericanos.

Otro cigarrillo. El anterior humeaba aún en el cenicero.

—De esa forma fue como llegamos a enterarnos. También se puso en contacto indirecto con otras personas, naturalmente. Un grupo de croatas enemigos del régimen de Tito. Y como es lógico, con los amigos del rey Pedro. Todos ellos muy interesados en que esa fortuna salga de los Bancos suizos y comience a rodar por el mundo, bien en unas manos, bien en otras.

—Sí que parece cinematográfico. Si no fuera porque aún me duelen mucho los golpes... diría que inverosímil.

—Hay muchas cosas que a usted le parecerían inverosímiles y que, sin embargo, han ocurrido. Prosigo. Mavros logró, no sabemos cómo, exactamente, ponerse en contacto con el empleado suizo. Y le convenció de que quien le pagaría mejor el secreto sería el Gobierno americano.

—Pero el Gobierno americano no podría retirar el dinero...

—Tal vez no, quizá no, pero podría hacer de esa información el

uso que quisiera. Eso ya no nos compete a nosotros. Resumiendo: Mavros tenía que entrevistarse con ese empleado suizo en Italia.

—Entonces... «Marcus no se present...», significa...

—Sencillamente que el empleado suizo, al cual le hemos dado el nombre clave de «Marcos», no pudo o no quiso ir a la cita con Mavros.

—¿Y eso de «Lucas»..., es otro nombre clave?

—Por supuesto. Bajo ese nombre clave se oculta un yugoslavo que trabaja para nosotros. Un informador.

—¿Un hombre?

Robeson lo examinó con atención.

—No lo sabemos.

—¿Cómo que no lo saben?

—Así es. Ignoramos si es hombre o mujer, o varios hombres. Hemos recibido sus informaciones, las hemos pagado, pero ignoramos su identidad.

—¿Y ese Lucas está enterado del número de la cuenta bancaria?

—Según él, «ellos» o «ellas», sí. Al menos posee la pista para llegar a conocer el número de la cuenta.

—¿Por qué entonces no le preguntan?

—No quiso hablar. Por lo visto tanto él como el alto empleado suizo van a medias. No sé si usted me entiende...

—Eran socios, vamos. ¿Y qué pedían?

—Millones. Pero no es de eso de lo que se trata ahora. Se trata de que si queremos adelantarnos, debemos encontrar a «Lucas». Cuando supe que Mavros había muerto creí que se había entrevistado con «Marcus», y que al intentar robarle el secreto, lo habían matado. El mensaje de usted me ha hecho comprender otra cosa: «Marcus» no se presentó, pero Mavros fue asesinado porque sus matadores creían que sí lo había hecho.

—Un momento. La maleta de Mavros desapareció del vagón, mientras nosotros estábamos en la vía, contemplando el cadáver de Mavros.

Robeson se alertó.

—¿Nosotros?

—Sí, la señorita Whistler y yo.

—¿Quién es?

—Pues... una turista... No, ha venido a unos cursillos de

traductores de lenguas esclavas de la ONU.

Robeson aplastó su cigarrillo.

—Que yo sepa no hay ningún cursillo de esa clase en Belgrado en la actualidad.

—No repito, sino lo que ella me dijo.

—Comprendo. Me enteraré. ¿Dónde se hospeda?

En ese momento Harvester estaba ya arrepentido de haber nombrado a la muchacha. Pero por otra parte... ¿acaso la noche anterior no le había asaltado antes de dormirse, la idea de que ella podría haberle robado la nota?

—En el mismo hotel que yo. En el Popular.

—¿Dice que se llama Whistler?

—Sí.

Robeson no tomó ninguna nota, pero Harvester estaba seguro de que no olvidaría el nombre.

—No se le ocurra decirle nada de todo esto, Harvester.

—Un momento.

—¿Sí, Harvester?

—¿Conocen ustedes a un hombre que tiene la oreja rota o aplastada?

—¿Sí? ¿Cómo es?

—Moreno, atlético. Va acompañado de un hombre con una gorra de visera.

—En el ejército de Mihailovich había un joven teniente que tenía la oreja destrozada por una granada alemana. Un croata. La policía yugoslava lo metería en la cárcel si supiera que está aquí.

—¿Es de los del rey Pedro?

—No lo sabemos. Pudiera ser. Pero también pudiera trabajar por su cuenta.

—¿Y un hombre que lleva una camisa oscura...? Bueno, ya sé que es un detalle muy vago, pero... Es moreno, también, con ojos azules...

—¿Es el que le ha ofrecido dinero?

—Sí.

—No sé, por esas señas es difícil...

—Mire, Robeson, ya estoy dentro del asunto. La cartera de Mavros y su maleta, al menos esta última, han desaparecido. ¿Usted cree que él llevaría...?

—¿Mavros? No, hombre. Si Mavros sabía alguna cosa la llevaba grabada en la mente, no escrita en ninguna parte. Pero está el asunto de la nota.

—No debe preocuparse. La llevaba en el mismo bolsillo que la moneda menuda. He podido perderla en la calle, al pagar el taxi que nos condujo al hotel..., en cualquier parte...

—Sí, pero me preocupa. ¿Me mencionaba?

—Sí.

—Eso es... fastidioso. Pero bueno, tal vez no debamos preocuparnos por ello. Déjelo. Vuelva al hotel...

—¿Y la policía? Me está presionando ese maldito Krilovic. Por cierto..., ¿quién es? Usted dijo que no pertenecía a la policía.

—No. Es un agente de la Seguridad yugoslava.

—¿Otro espía?

—Llámelo como quiera, pero no es espía, sino contraespía. Y muy bueno. No lo subestime. Es extraordinariamente inteligente. Lo que no comprendo es cómo ha podido localizar a Mavros. Tal vez sospechaban de él hace tiempo, pero...

—Bien, ¿usted buscará a «Lucas», no?

—Harvester, lo que usted no sepa no le hará daño. Ya ha sabido bastantes cosas para un día, ¿no cree?

Y suave, pero firmemente, le empujó hacia la puerta. Harvester salió.

CAPÍTULO VI

Melanie no había llegado todavía. Harvester hizo un gesto de fastidio.

—Me ha dicho que la esperase. Creí que habría llegado ya. Bien, la esperaré en su habitación, si no tiene inconveniente.

—¿Yo? Ninguno. Pero ¿tiene usted la llave?

—No, desde luego. Pero usted puede darme la suya...

—No puedo, lo siento.

—O abrirme la puerta...

—Espérela en su cuarto, míster Harvester. Será mejor. Cuando ella llegue le diré que usted la aguarda.

Había fracasado. Subió a su cuarto. Se sentó en una butaca y comenzó a pensar.

Luego salió al pasillo y fue a la puerta de Melanie. Intentó abrir. Nada. Estaba cerrada con llave. Una doncella pasaba en ese momento con un manojo de llaves. Harvester se irguió.

—¿No puede abrir, señor?

—Pues..., no, y el caso es que necesitaría entrar...

La doncella, una muchacha de cara un poco estúpida, redonda, de campesina, escogió una llave.

—Muy fácil, señor.

—Caramba, y tan fácil. Nunca lo hubiera creído. Entró y cerró suavemente tras de sí. La cama estaba sin hacer aún. La maleta de la joven sobre una silla. Inmediatamente comenzó a buscar. Una pequeña hoja de papel, arrancada de un cuadernillo, hecha una menuda pelotilla... Es un objeto que se oculta fácilmente, o que una vez leído se destruye por el simple procedimiento de arrojarla al inodoro o romperla en menudos trozos o quemarla... Hay muchas maneras de hacerla desaparecer.

Buscó entre la ropa interior, toda de precio y de buena calidad, entre los vestidos...

Estaba enredado con los zapatos, cuando la puerta se abrió de pronto. Y en el umbral, Melanie Whistler.

—Caramba, Jim, ¿te equivocaste de cuarto?

No hay manera de explicar que uno está esperando el autobús cuando lo pescan con las manos en la masa. Harvester se volvió lentamente hacia ella.

—¿Ya ha terminado el cursillo?

—No. Y ahora, si no tienes inconveniente en decirme...

Sus ojos recorrieron el cuarto.

—En decirme qué haces con un zapato mío en la mano, y en mi cuarto...

—Era un recuerdo.

—Ah.

La joven se quitó el sombrerito en forma de casquete.

—Jim... míster Harvester, ¿quiere decirme lo que hacía en mi cuarto?

—¿Ya no soy Jim?

—No.

La voz de la joven era seca. Cortante.

Como quieras. He venido buscando una cosa que he perdido.

—¿Qué cosa?

—Simplemente, una nota.

—Una nota...

Ella se sentó en un sillón y sacó un cigarrillo de su bolso. Harvester se lo encendió.

—Hable, míster Harvester.

—Melanie, quiero la nota que Mavros me entregó en el tren.

—¿Ha ido usted a ver al cónsul?

—Sí.

—Y ha perdido la nota.

—Sí. Pero... creo que no la he perdido, sino que me la han quitado.

—¿Y, piensa...?

—Sí, tú.

—¿Por qué?

—Vamos a dejar el jueguecito, si te parece, ¿la tienes?

—No.

—¿La cogiste?

Ella arrancó una nube de humo al cigarrillo.

—¿Cómo podría haberlo hecho?

—No lo sé, diablos, pero..., ¿la cogiste, sí o no?

—Míster Harvester, creí haberle oído decir que iba a dejar ese asunto.

—¡No, condenación! Me han pegado, me han humillado y tengo el derecho de cocear si me da la gana. ¿La has cogido o no?

—Sí.

Harvester se quedó parado. No esperaba oírsele decir tan tranquilamente y con tanta facilidad.

—Mira, Melanie...

Ella se puso en pie, con el bolso en la mano.

—¿Qué le ha dicho usted al cónsul?

Harvester tuvo un rapto de inspiración.

—No le he dicho lo que pienso. Sólo que Mavros me había dado un mensaje para él, pero que lo había perdido.

Ella le contempló atentamente. Sus ojos, brillantes, extraordinariamente bellos, no reflejaban en ese momento expresión alguna.

—Harvester, usted parece creer que se encuentra en Estados Unidos, protegido por una serie de leyes, preceptos legales, policías amables...

—No me vengas con cuentos —respondió él irritado—. Ya sé dónde estoy. Y sé que has mentido en lo referente al cursillo.

Se hubiera mordido la lengua. Ella lo miró con una nueva expresión.

—¿Quién le ha dicho eso? ¿El cónsul?

—No, pero me he... enterado. Me dijiste que venías a un cursillo para traductores de lenguas eslavas para la ONU, y no es verdad.

—Vaya, vaya.

La joven aplastó su cigarrillo cuidadosamente.

—Vaya.

—Y..., ¿qué más sabe usted, Harvester?

—Nada más. Me he enterado porque... porque tú me parecías...

No encontraba las palabras.

—Sospechosa, ¿no?

—No he dicho eso.

—Pero lo ha pensado. Sí, no lo niegue. Lo ha pensado.

Se volvió hacia él.

—Harvester, ¿qué más le ha dicho al cónsul?

—Solamente eso. Pero..., ¿qué es lo que tienes que ver en el asunto? Tú estabas en el tren con Mavros y conmigo. Tú lo presenciaste todo o casi todo. Tú estás metida en el asunto. Ya lo has reconocido. ¿Qué papel pintas en ello? Dímelo y tal vez te diga yo lo que deseas saber tú.

Ella cogió un nuevo cigarrillo. Para Harvester era perfectamente claro que estaba tratando de pensar.

—La parte que me toca en el asunto, como usted dice, es un poco complicada, Harvester. Es cierto que yo sabía que Mavros cogería ese tren en Venecia, y subí a él para tratar de llegar a un acuerdo con Mavros.

—Pero..., ¿por qué? ¡Santo Dios!, pensarás que soy un turista americano idiota como muchos. Pero..., ¿por qué? Quiero saberlo.

La había cogido por los hombros. Ella se lo sacudió con un movimiento.

—Deja las manos quietas, Jim. Quietas. Lo que yo te diga lo haré porque quiera, pero no porque intentes obligarme a ello. ¿Entiendes?

Harvester se apartó. Jadeaba ligeramente. Lo mismo que la noche anterior, el contacto con la joven le electrizaba. Era bella, deseable y ahora, con su comportamiento enigmático, tenía aún más atractivos para el hombre.

—Habla.

—Soy traductora de la ONU.

—Eso ya lo dijiste. Pero...

—Pero...

Sus labios adquirieron de pronto la forma de una «o». Harvester la contempló con asombro. ¿Qué diablos...?

De los labios salió mi silbido. Una tonadilla que Harvester conocía, que había oído varias veces en los últimos días, pero que no conseguía reconocer. Súbitamente, y mientras miraba silbar a la muchacha, lo recordó. Claro que lo conocía. Se trataba de *Ochi Chornie*, Ojos negros, la popular melodía de Salama, la canción de los húngaros gitanos, conocida en todo el mundo. ¿Cómo diablos no la había recordado antes?

La puerta se abrió.

El hombre de la camisa color tabaco estaba en el umbral. No llevaba ahora una camisa de color tabaco, sino blanca, pero era el mismo, no cabía duda alguna. Y en su mano había una pistola.

Cerró tras de sí.

—Bueno —dijo—. Aquí estoy.

Su cara, tostada por el sol, en la que brillaban sus dos ojos azules, estaba seria.

—¿Sí?

—Al parecer —dijo Melanie—, se han producido complicaciones.

—Lo esperaba. ¿Krilovic?

—Tal vez. Y tal vez otras.

—Un momento —dijo Harvester.

—Espere. Hablará después. ¿Qué complicaciones?

La pistola apuntaba directamente a Harvester. Y éste se fijó en que en el cañón del arma había un cilindro negro. Lo conocía. Un silenciador. Una sensación de angustia se le colocó en la boca del estómago y se negó a salir de allí.

Sólo se lleva un silenciador cuando se piensa usar una pistola, no simplemente para amenazar.

La muchacha volvió sus ojos hacia Harvester.

—Bien, Jim, ¿vas a decirnos ahora lo que has hablado con la policía y con el cónsul americano?

—¿Bajo amenaza de muerte?

—Como quieras. Tú eliges.

Harvester carraspeó.

—Le di el mensaje y...

—¿Y él no te dijo nada?

—No.

—Mentiroso.

El hombre se aproximó a él. Daba una gran impresión de fuerza, pese a no ser corpulento. Harvester le miró.

—Aparte esa pistola.

La apartó, es decir, bajó el cañón, provisto de silenciador.

—Ya está, pero si intenta usted alguna cosa...

—¿Disparará?

—No será necesario. Podría reducirlo con las manos solamente.

Harvester lo dudaba, había estado en Corea dieciocho meses,

había jugado en el equipo de fútbol de la Universidad como medio, y jamás había abandonado su forma física. El hombre parecía fuerte, pero... él tampoco era manco precisamente.

Pero no lo dijo. En su lugar:

—Hablemos.

—Por poco tiempo.

Era la joven la que había respondido.

—¿Va a hablar? ¿A decirnos lo que queremos saber?

Harvester dijo:

—¿Puedo encender un cigarrillo?

El hombre avanzó hacia él, le metió la mano en el bolsillo y sacó el paquete.

—Tenga.

Su cara, aunque seria, no era amenazadora.

Se lo encendió.

—Gracias. Y ahora..., ¿pueden ustedes decirme lo que significa todo esto?

La muchacha sonrió.

—Lleva así todo el rato. Tratando de ganar tiempo.

De pronto, Harvester, se sintió lleno de ira.

—Me han pegado cuando no podía defenderme. No estoy dispuesto a pasar por la misma experiencia. Ni aun apuntándome con un revólver. Así que si quieren hacer tratos, vamos a hacerlos, pero si no... ¡déjenme en paz!

Les volvió la espalda. Había gritado casi las últimas palabras.

Con el rabillo del ojo, les observó.

Estaban cambiando una larga mirada.

—No tenemos mucho tiempo —dijo la muchacha—. Está bien, si no quiere hablar, lo dejaremos. Vámonos.

—Es una lástima —dijo el hombre.

—¿Quién es usted? —preguntó Harvester.

—Oh, eso no importa. No tiene ninguna importancia.

—Tal vez a la policía le interese saber que una persona vinculada con *miss Whistler*, si es que ése es su verdadero nombre, es la que quiso comprarme el secreto.

Estuvo a punto de saltar de alegría, pero su cara no reflejó nada. Había dado en el clavo.

Esta vez, en la mirada que cambiaron los dos, había aprensión.

—Harvester, no estamos jugando —dijo ella.

—Lo sé. Tampoco jugaban los que me golpearon.

—A eso precisamente me refiero. Ellos no juegan. Se puede encontrar una noche flotando en el Danubio con un cuchillo clavado en la espalda.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer?

—Nosotros intentaríamos protegerlo.

Un recuerdo se abrió paso en la memoria de Harvester.

—¿Ustedes?

—Lo intentaríamos.

—¿Saben que el hombre que hizo que me golpearan lo conoce a usted?

—¿Lo dijo?

—Lo nombró a usted: Karas.

—Sí, ya lo sé que me conoce, pero no creí que supiera que estaba yo aquí.

—Pues lo sabe. ¿No estará usted más necesitado de protección que yo?

—Oh, puedo defenderme si llega el caso.

Hizo una pausa. La joven le miraba con aprensión.

—Lo importante es, ¿no quiere usted decirnos lo que queremos saber?

—Para ello necesitaría dos cosas: la primera, saber quiénes son ustedes. La segunda, para qué lo quieren saber.

Estaban danzando en círculo. Ni uno ni otro parecían querer soltar prenda.

—¿No lo hacen? No hay convenio. He venido a Yugoslavia en viaje turístico y de trabajo. Me he visto metido de patas en este enredo. Tengo ciertos derechos.

—Hagamos una cosa —dijo el hombre—. No hable con nadie. Creo que podremos llegar a un arreglo.

—Un momento. Usted iba en el tren cuando mataron a Mavros. Y Melanie también. Yo sé que ella no pudo matar a Mavros, pero usted...

—¿Era eso lo que estaba pensando? No maté a Mavros. Me interesaba hablar con él, pero no lo maté. No queríamos su muerte.

Harvester miró a Melanie. Ella asintió.

—¿No lo cree?

—No sé ya ni qué creer. Usted cruzó una y otra vez por delante de nuestro departamento...

—Quería estar seguro de que a Melanie no le ocurría nada.

Pasó un brazo por encima de los hombros de la muchacha. Harvester sintió de pronto una vaga sensación de celos.

—¿Quién mató a Mavros?

—No lo sabemos... todavía, aunque tenemos algunas sospechas. El hombre que le golpeó a usted.

—¿Por qué no se lo dicen a la policía?

—Porque... no es el momento.

Melanie dio un paso hacia delante y tocó el brazo de Harvester con su mano.

—Escucha, Jim. ¿No puedes hacer eso por nosotros? Espera un poco de tiempo y luego...

—¿Qué es exactamente lo que quieren ustedes de mí?

—Saber lo que ha hablado con el cónsul y qué le ha dicho éste. Nada más.

—Lo pensaré.

—Si se trata de dinero...

Harvester sonrió amargamente.

—¿Quinientos dólares?

Karas se encogió de hombros.

—Eso se lo ofrecí hace ya varias horas. Ahora la cantidad sería más grande.

—Lo pensaré.

—De acuerdo. Pero... no tarde en hacerlo. Y, sobre todo, no hable con la policía. «Ellos» saben dar a tiempo y duro.

—Lo sé.

Karas salió del cuarto. Melanie iba a seguirle, cuando Harvester dijo:

—Espera un poco.

Ella se detuvo cerca de la puerta.

—¿Quién es ese hombre?

—¿Importa?

—Sí, me importa.

—Lo sabrás... cuando decidas lo que vas a hacer.

Y salió.

Harvester se sentó en un sillón y se puso a pensar. Sentía la

cabeza como una verdadera olla de grillos.

Habían ocurrido demasiadas cosas en tan poco tiempo que aún no había logrado acomodarse a la nueva situación.

«¿Y si diera por terminadas mis vacaciones en este condenado país? Parece como si en lugar de encontrarnos en la época actual estuviéramos aún en la de los *comitadjis*, en la de las *vendettas* balcánicas».

Pero sabía que no se iría de Yugoslavia. Había soñado demasiado con aquellas vacaciones, y no lo dejaría tan fácilmente.

No, y además, estaba aquel asunto de la fortuna del rey. Como en una película, exactamente igual que en una película. Tesoros, aventureros decididos a todo... Si se lo hubieran dicho cinco días antes, no lo hubiera creído, y, sin embargo, se encontraba sumergido en aquella situación absurda.

¿Acudir a la policía? ¿A Krilovic?

Robeson le había dicho que no. Para el cónsul la cosa era fácil. Los intereses de Estados Unidos fueran éstos los que fuesen, contaban antes que cualquier cosa.

¿Pero no ocurría lo mismo con él. Aquella fortuna, a quién pertenecía, en realidad? ¿A la familia real? ¿Al país?

No lo sabía. Lo único que sabía era que le gustaría ver a Melanie de nuevo, pero no con aquel tipo, con Karas, el hombre que podía pasarle un brazo por los hombros con toda tranquilidad, sin que ella protestase.

Sí, quería verla de nuevo, y... ¡al diablo con todo!

Y quería ver al hombre que le había golpeado y al que había hecho que le golpeasen.

Un oficial del ejército de Mihailovich... Esto quería decir un enemigo de Tito. ¿Y si se lo dijera a Krilovic? O acaso, ¿no lo sabía éste ya?

Le dolía la cabeza de tanto pensar. Decidió dejar pasar unas horas y después... Bueno, ya vería.

CAPÍTULO VII

—¿Míster Harvester? La policía desea verle.

Ya estaban allí. Dos agentes que denotaban su calidad de tales, aunque no llevasen uniformes.

—¿Dónde?

—Venga con nosotros.

Había un coche esperando a la puerta del hotel.

Subieron a él y el coche les llevó directamente al mismo lugar en que viera la última vez a Krilovic.

Éste le esperaba en su despacho. Ante él había una carpeta llena de documentos.

—Buenas tardes, míster Harvester. Quiero que vea que no hemos olvidado su denuncia.

Harvester sintió la boca reseca.

—¿Los han cogido?

—No, pero tenemos aquí unas cuantas fotografías que deseo que vea. Dígame si está entre ellas la del hombre que le robó.

Hizo una pausa.

—Y que le golpeó.

Le tendió la carpeta.

—Véalas.

Harvester abrió la carpeta y comenzó a mirar las fotografías. Desde ellas le examinaron diversas caras, como las que se pueden ver en cualquier fichero policíaco en cualquier país del mundo.

Hizo un pequeño, ligerísimo gesto. Allí estaba. Si le pusieran una gorra de paño con visera, aquel...

—¿Ha encontrado algo?

—Pues..., quizá éste...

Krilovic la cogió. Le echó una rápida ojeada.

—Bien. ¿Alguno más?

Harvester recordaba perfectamente la declaración que hiciera.

En ella no había nombrado más que a un solo hombre. ¿Qué esperaba Krilovic?

—No, nada más. Vi al hombre un momento antes de que me golpease. No vi a nadie más.

—¿Seguro?

—Sí, por completo.

Bueno, ya estaba. Había mentido a la policía. Y esto podía traerle tales complicaciones... Recordaba aún lo ocurrido a personas occidentales en países comunistas, que habían sido acusadas de espionaje, por simples hechos que no revestían ni la décima parte de importancia de ésta.

Sintió que un sudor frío le bañaba la espalda.

Pero ya había hablado. No podía volverse atrás.

—¿Quién es? —preguntó al descuido.

—Un ratero. Bien, míster Harvester, no le retengo más. Cuando lo cojamos, lo que es cuestión de poco tiempo...

¿Había una nota de amenaza en su voz?

—Cuando lo cojamos, le llamaremos a usted para que lo vea personalmente. Puede usted marcharse.

Cuando Harvester llegaba a la puerta:

—¿No recuerda nada más? ¿Nos avisará si llega a recordarlo?

—Desde luego.

Bueno, ya estaba. El terreno, simplemente, quemaba bajo sus pies. Se preguntó si no sería conveniente avisar al cónsul. En último caso, en el caso de que las cosas se pusieran muy mal, Robeson era la única persona con la que podía contar para que le ayudase.

Si al menos supiera quiénes eran Melanie y Karas... Mejor dicho, qué es lo que buscaban y en qué bando estaban. Para quién trabajaban...

Se preguntó con curiosidad a cuánto ascendería la fortuna del rey Alejandro. Mucho, debía ser varios millones de dólares.

Se detuvo ante un escaparate, preguntándose si le seguiría algún policía. Desde luego, nadie que tuviera aspecto de tal. Pero..., ¿y aquel hombrecillo que contemplaba a una florista callejera? ¿No sería un detective? ¿Y aquella mujer que paseaba lentamente, sin objeto al parecer?

¿Policías?

Quizá.

Callejeó durante el resto de la tarde, hasta que a la noche volvió al hotel. Apenas se encerró en su habitación, llamaron suavemente a la puerta.

Esperando que fuese Melanie, abrió. No lo era.

—Señor, hay una persona con un recado para usted abajo.

—¿Por qué no la hacen subir?

—No ha querido. Dice que le espera en el vestíbulo si usted tiene la bondad de bajar.

—Está bien.

Bajó después de cerrar la puerta. En el *hall*, sentado en una de las butacas Gorman, el secretario de Robeson. Se puso en pie extendiendo la mano.

—Mi querido míster Harvester, es usted distraidísimo. Se dejó usted su pasaporte en el consulado.

Le tendía un pasaporte. Harvester no pestañeó siquiera.

—Acababa de darme cuenta de ello y pensaba volver a recuperarlo —dijo.

Cogió el documento y se lo guardó en el bolsillo.

No se había dejado el pasaporte en el consulado. Precisamente lo llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Siento que se haya usted molestado, Gorman. Lo siento de veras.

—Oh, no tiene importancia alguna, mi querido Harvester. Me coge de paso para ir a mi casa. Y además... quería recordarle que míster Robeson da una pequeña fiesta esta noche. Espero no lo habrá olvidado.

—Desde luego que no. Pero era a las ocho y media, ¿no?

—A las nueve, mi querido amigo, a las nueve. Ya ve, no he perdido el tiempo viniendo a recordárselo.

—¿Una copa?

—La tomaré con mucho gusto, aunque no quiero cargarme, si luego hemos de beber en casa de míster Robeson.

Pasaron al bar.

—Un momento, he de ir...

Harvester se metió en el W. C., sacó rápidamente su pasaporte de donde lo llevaba y lo deslizó en el bolsillo de la chaqueta. Cogió el que le había entregado Gorman y le echó una ojeada. Estaba en blanco, pero había en él una nota:

«Venga a verme esta noche a las nueve. Muy importante. Destruya esto».

Nada más.

Rompí el pasaporte en trozos pequeños y los tiró al inodoro. Accionó la cadena y salió.

Había un hombre en la puerta, y tenía ya la mano en el pomo.

—Puede pasar —dijo Harvester—. Acabé ya.

El hombre era alto de tez morena y pelo negro.

—Deme lo que le ha dado ese hombre —dijo en voz baja—. Policía.

—¿Policía? —Harvester no levantó tampoco la voz—. ¿Puede demostrarlo?

El hombre sacó su carnet y se lo puso delante. Sí, parecía genuino.

—Bien, pero no sé a qué viene todo esto...

—Déme lo.

Harvester sacó su pasaporte del mismo bolsillo en que había guardado el que le diera Gorman y se lo tendió. El hombre pasó los ojos por el documento, y una expresión de desencanto se pintó en sus facciones.

—Y ahora —dijo Harvester—, me va a decir a qué viene esto. He presentado mis documentos en la policía esta misma tarde. ¿Qué significa todo esto?

—Nada, no es nada.

Estaba mirando en las guardas del pasaporte. No dejó sin revisar una sola hoja. Luego, con evidente decepción, se lo devolvió.

—¿Por qué le han traído esto aquí?

—Porque me lo dejé olvidado en el consulado. Por eso. Y míster Gorman, el secretario, ha sido tan amable que me lo ha traído personalmente.

El detective le clavó los ojos.

—¿Nada más?

Harvester creyó llegado el momento.

Alzó la voz:

—Pero, bueno, ¿qué diablos significa esto? Soy ciudadano americano y conozco mis derechos. Si quiere preguntar a míster Gorman...

—No chille.

—Cuanto me dé la gana.

—Está bien, si no quiere usted disgustos, más vale que se calle.

Pero había dado marcha atrás. Caminó por el corredor alejándose.

Harvester volvió junto a Gorman.

—Perdone, pero el cambio de aguas y de altura... Bien, tomemos esa copa.

Con el rabillo del ojo, Harvester vio que el detective los contemplaba desde lejos. Pero en el bar había bastantes personas y lo que hablasen allí no podría llegar a oídos del policía.

—¿*Whisky*? Aquí lo tienen. Caro, pero lo hay.

—Sea, tomaremos *whisky*.

Y en voz baja, pero sin dejar de sonreír...

—¿Dificultades?

—Me siguió hasta el excusado. Pero me dio tiempo a cambiar el documento. Pónganos dos *whiskys*, por favor.

—¿Sospecha?

—Claro, pero no puede probar nada, a no ser que meta las narices en el inodoro, y no creo que lo haga. Supongo que no podría usted adelantarme lo que...

—Imposible. Vamos a tomar otro y me marchó. No intente despistar a la policía, Harvester. Condúzcase normalmente.

—Eso mismo es lo que pensaba hacer, Gorman.

Bebieron, charlando del tiempo y de Estados Unidos y, por último, Gorman se despidió. El detective estaba telefoneando desde una de las casillas del vestíbulo.

Dando parte a sus jefes, probablemente.

Harvester miró la hora. Bien, aún le quedaba un poco de tiempo, si es que Krilovic le dejaba.

Subió y llamó al cuarto de la muchacha. Esperaba que ella no estuviera, pero estaba. Le abrió la puerta.

Cerró tras de sí. Ella estaba vestida con un par de pantalones, un suéter ceñido y llevaba un pañuelo en la cabeza. Y en la mano un bolso de medio tamaño.

—¿Vas a salir?

—Sí.

—Quiero hablar contigo.

—¿Has decidido lo que me vas a decir?

—Sí.

—Bien, habla.

El tono de Melanie era seco, más bien frío. Harvester, que recordaba el calor de sus labios la noche anterior, lanzó un suspiro ahogado.

—Te voy a hacer una pregunta, Melanie. De lo que contestes, depende todo.

—Habla, pues.

—¿Me responderás?

—Es posible.

—Tal vez te parezca un ingenuo, pero la verdad es que no estaba preparado para estos asuntos tan... especiales. Y siempre he tenido por lema la sinceridad.

Ella le miraba a los ojos. Tenía en los suyos una expresión extraña, que a Harvester se le antojó casi de... ¿simpatía?

—Habla.

—No te voy a preguntar de parte de quién estás, porque no lo dirías. Pero... la parte a la que perteneces..., bueno, los intereses de la parte a la que perteneces, ¿están en contra de los intereses de mi país?

Ella se mantuvo un momento silenciosa.

—Puedo asegurarte que no.

—¿Ni los de Karas?

—No. Tampoco.

Harvester respiró hondo.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Bien, entonces, escucha. Tal vez haga una tontería, pero no me gustan las situaciones como éstas, en las cuales yo no he tenido parte siquiera. Ni me han pedido mi opinión, así que allá voy: Tú has leído la nota, ¿verdad?

—Sí.

—Yo se la repetí al cónsul.

—Y él, ¿qué te dijo?

—Que el asunto se ha debido deshacer. «Marcus» era el hombre que tenía que decirle a Mavros el número de la cuenta bancaria del rey Alejandro.

—¿Eso te dijo?

—Exactamente. Y que ahora deberían buscar a «Lucas», que era probablemente el único hombre que conocía también la cuenta.

Ella sacó un cigarrillo del bolso. Harvester se lo encendió.

—Jim, ahora es cuando creo que puedes saber de parte de quién estoy. Mi madre era yugoslava, de Montenegro. Mi abuelo fue oficial de la guardia personal del rey a éste y después a su hijo Pedro. Con ellos estoy.

Hizo una pausa.

—Como verás, a él es a quien corresponde el dinero de su padre. A él y solamente a él. Como mucho, al pueblo yugoslavo. Pero a nadie más.

—Y entonces..., ¿esos otros que se interesan por el dinero? ¿Qué son? Hay un hombre, el que me pegó... bueno, el que ordenó que me pegaran, que al parecer es oficial del ejército yugoslavo. O era oficial del ejército.

—Fue oficial del ejército yugoslavo. Sólo que ahora no trabaja para el rey ni para el Gobierno. Trabaja para sí.

—¿Tú lo conoces?

—Sé quién es.

—¿Quién?

—Stefan Mirkovic. Un hombre muy peligroso. Quiere el dinero para él y para sus cómplices. No tiene sentimientos alguno patriótico, ni para con su rey ni para con su pueblo. El, y sólo él.

—¿La policía lo busca?

—Hace mucho tiempo. Si se ha atrevido a venir a Belgrado es porque debe tener muy buenas razones. ¿No le hablaste a la policía de él?

—No lo hice.

—Tal vez hayas hecho bien. Tal vez no. Lo ignoro. Bien, ahora lo sabes todo.

—No.

—¿No?

—No, aún no. ¿Quién se oculta bajo el nombre de «Lucas»?

Ella se encogió de hombros.

—También a mí me gustaría saberlo. Si ese hombre conoce el número de la cuenta bancaria...

—Robeson, el cónsul, cree que sí. Cree que es la única persona viva que lo conoce. Que Mavros quizá lo averiguó, pero si así fue,

murió antes de poder revelarlo. Y «Marcus», naturalmente.

—Ya.

—Así que no sabes quién se oculta bajo el nombre de «Lucas».

—Desde luego que lo ignoro. Y ahora, tengo que salir.

—¿Dónde vas?

Ella sonrió.

—Lo siento. No puedo decírtelo.

—Con... ¿Karas?

—Tal vez. ¿Por qué?

—Porque..., ¿quién es ese hombre? ¿No puedes decírmelo?

—Lo siento. No puedo.

Alargó la mano para estrechar la de Harvester.

—No te he dado las gracias. Lo hago ahora: gracias.

—No hay de qué. Ni yo mismo sé si he hecho bien, pero...

—Por lo menos, puedes tener la seguridad de que ese dinero no pertenece al Gobierno de tu país. No tiene ningún derecho sobre él.

—¿Es Karas un patriota como tú?

—Más aún que yo. Él se ha expuesto muchas veces a ir a la cárcel o a ser fusilado por su rey.

—Pareces... admirarlo mucho.

—Sí. Lo admiro mucho. Porque es un hombre de gran valor y de una gran habilidad.

—Lo que no impide que estuviera en el tren y que Mavros pareciese temerle.

Ella movió la cabeza sonriendo.

—No, Jim. Mavros no temía a Karas. Temía a su asesino.

—¿Por qué sabes que no era Karas quien le causaba miedo?

—Porque lo sé. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Pero, en ese caso..., ¿quién diablos mató a Mavros?

—No lo sé. Probablemente... «Lucas».

—Pero..., ¡bueno, es para volverse loco! «Lucas» trabaja para los americanos.

—¿Estás seguro?

—Yo..., me lo dijo Robeson.

—Puedo estar equivocado. Y es todo cuanto puedo decirte.

—Escucha. Y si la policía te coge...

—La policía no tiene nada contra mí... todavía. La policía, y, sobre todo, Krilovic, será peligrosa para mí si llego a enterarme de

lo que quiero. Entonces será cuando intentarán detenerme. Hasta entonces, no. Krilovic es demasiado inteligente. Piensa que yo le puedo llevar a dónde él quiere.

—Pero..., en ese caso..., estarás en peligro.

—Sí. Pero... son gajes del oficio.

—Todo por un hombre que lleva en el exilio desde hace más de veinte años.

—Ese hombre ayudó a mi madre, cuando enferma y sin recursos, se encontraba en Londres. Eso es algo que yo no olvidaré nunca. No soy yugoslava, sino inglesa por mi nacionalidad, pero... no olvidaré lo que hizo ese hombre, el rey Pedro, por mi madre. ¿Contesta eso a todas tus preguntas?

—Sí, evidentemente.

—Pues... en ese caso tengo que irme.

Harvester avanzó hacia ella y le cogió los brazos.

—¿No correrás riesgos inútiles?

—No —respondió ella con una sonrisa suave—. No los correré... si puedo evitarlo. Y eso no siempre se puede evitar. Adiós. Hasta la vista. O adiós. Prefiero despedirme de estas dos maneras. Por si acaso.

El se inclinó sobre Melanie y la besó en los labios. La joven cerró su brazo en torno al cuello de Harvester, y correspondió a su besó.

Luego, taconeando airosamente, abandonó la habitación.

CAPÍTULO VIII

Encontró un taxi justamente ante la puerta del hotel. Lo tomó y le dio la dirección de la casa del cónsul. Miró por la ventanilla trasera, pero no vio ningún coche que lo siguiera.

«Como en una película —pensó resignadamente—. Exactamente igual que en una película de policías y de... espías. ¡O de condenados *gangsters*!», acabó, pensando en los golpes recibidos.

La casa del cónsul brillaba de luces. El mismo Robeson lo recibió en la puerta.

—Encantado de contar con usted, míster Harvester. Le presentaré a varios de mis invitados, aunque no a todos, porque ésta no es una fiesta formal.

Lo hizo. Casi todos eran norteamericanos, turistas en Yugoslavia. Estaba también el cónsul francés y su mujer. Todos tenían vasos en la mano y bebían concentradamente, para mantenerse en forma.

El cónsul se aproximó al pequeño bar instalado en un rincón.

—Dentro de diez minutos vaya usted a aquella puerta, Harvester, y métase en la habitación de al lado. Es un despacho y allí podremos hablar sin que nadie nos oiga —dijo Robeson en voz baja—. Diez minutos, pero procure que nadie se dé cuenta de lo que hace.

—Está bien.

—¿*Whisky*? —Ahora el cónsul hablaba en voz alta.

—Sí, por favor.

Con el vaso en la mano, recorrió el salón. Los invitados bebían y hablaban en voz alta y Harvester pudo acercarse lentamente a la puerta, sin llamar la atención.

Miró su reloj disimuladamente.

Habían pasado los diez minutos.

Abrió la puerta y cerró tras de sí. El despacho estaba iluminado solamente por una lámpara de pie, que enviaba un dulce resplandor

hacia el suelo.

Un momento después, cuando apenas se acababa de sentar en un sillón, la puerta se abrió de nuevo.

El cónsul atravesó el despacho y fue a colocarse junto a Harvester.

—No tardaré mucho —dijo.

—¿No habrá micrófonos? —preguntó Harvester en voz muy baja.

—Oh, ahora no. Los colocaron durante algún tiempo. Me los encontraba en todas partes. En las lámparas, en los artesonados, hasta en los platos de sopa. Pero los descubrí siempre. Por último, Krilovic se cansó. El se imagina que yo soy un agente americano, pero supone que si me hiciera expulsar del país vendría otro, y conmigo no se lleva tan mal. Así que ha dejado de emplear métodos tan tontos. Para una persona como yo, aficionada a la electrónica, el descubrirlos no representará problema.

No dijo cómo, ni Harvester se lo preguntó.

Luego, la voz de Robeson se hizo seria. Adquirió un tono más duro:

—Harvester, le he hecho venir para decirle que debe abandonar el país lo antes posible.

—¿Por qué? —Harvester estaba asombrado.

—Porque su vida corre gran peligro.

—¿Cómo... cómo lo ha sabido?

—No me pregunte cómo. El caso es que lo sé. Debe salir cuanto antes. Mañana mismo, si le es posible.

—Pero... ¡No me es posible!

—Le digo que su vida corre peligro y no estoy bromeando. Vamos, hágame caso y márchese. Igual puede ir a terminar sus vacaciones a Grecia o a Italia o a España. Pero, aléjese de Yugoslavia.

—Bueno, pero...

—Espero que me haya entendido bien. Me expongo bastante al advertirle, pero no quiero que le ocurra nada.

—Espere un momento, Robeson. ¿Quién quiere matarme?

—Un tal Mirkovic. Pero usted lo conoce.

—El me dejó marchar, convencido de que yo no sabía nada.

—Pues ahora cree lo contrario. No vamos a discutir, Harvester.

Aléjese de Yugoslavia. Puede regresar a Italia mañana mismo, en el *Simplón Oriente Express*.

—Pues... el caso es que no quiero hacerlo —respondió Harvester, tercamente—. No veo por qué ese maldito traidor, ese exoficial...

—¿Ha dicho traidor? ¿Por qué?

—El va buscando el dinero para sí mismo, no para el rey, ni para el Gobierno yugoslavo...

—Un momento, Harvester, esto es importante. ¿Quién le ha dicho eso?

—Pues...

Harvester se encontró cortado.

—Pues... usted mismo, Robeson.

—No. Yo le dije que era un exoficial, nada más. No que fuera buscando el dinero para él.

Una pausa, llena de significado.

—Harvester, ¿quién le ha dado esa información?

—Pues... creí que había sido usted.

—No, y usted lo sabe bien. Vamos, no necesito recordarle que es usted americano y que se debe a su país. ¿Quién?

—Pues..., el caso es que no quiero decirlo.

—¿Ha estado usted haciendo averiguaciones por su cuenta?

—Sí.

Robeson, con un cigarrillo entre los labios, lo contemplaba atentamente.

—Escuche, Harvester, estoy tratando de salvarle la vida. Dígame quién ha sido.

Harvester cerró los labios.

—¿No quiere?

—Lo siento. Yo también conozco mis derechos. No puedo decírselo, eso es todo.

—Y supongo que aquel que haya sido, le habrá pedido alguna información en recompensa.

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Bueno, le concedo el beneficio de la duda, Harvester, pero, créame, ahora más que nunca, sé que su vida corre un gran peligro.

Váyase de Belgrado. No puedo obligarle a marcharse contra su voluntad, porque Krilovic sospecharía algo, pero... vá-ya-se.

Se dirigió hacia la puerta.

—Hemos terminado.

—Un momento. ¿Sabe usted quién es «Lucas»? ¿Lo sabe ya?

El cónsul le dirigió una extraña mirada.

—No. ¿Por qué?

—¿Ni quién mató a Mavros?

—No. Sólo le voy a decir una cosa. La policía italiana ha descubierto ayer el cadáver de un suizo. Al parecer se había suicidado en un hotel, pero... existen ciertas sospechas de que le hayan ayudado a suicidarse. Muchas sospechas, en realidad. Según informes privados míos... lo torturaron antes de que muriera. Ya ve que con esta clase de gente no se juega, Harvester.

Éste tragó saliva.

—¿Era... «Marcus»?

—Era «Marcus», sí. Y ahora ha muerto. Lo siento, Harvester, pero no podemos seguir hablando. Mis invitados me esperan. Ya le he dicho lo que tenía que decirle.

Salió. Pasado un momento, Harvester lo siguió.

¿Seguir el consejo de Robeson? Todo en él se rebelaba contra tal idea, pero por otra parte...

¿Qué podía hacer? Su pasaporte en regla, él podía abandonar el país cuando quisiera, en el momento en que lo desease.

¿Hacerlo?

Bebió aún otro vaso y luego, se acercó a Robeson.

—Lo siento, pero debo marcharme. Quiero levantarme mañana temprano para hacer unas cosas.

—¿Se va? Cuánto lo siento. Bueno, espero al menos que lo haya pasado bien.

—Por supuesto.

—Hasta la vista, míster Harvester, o en el caso de que se marchase sin pasar por el consulado, adiós.

—Hasta la vista.

Una criada le abrió la puerta y salió al exterior. Se sentía tan furioso y tan desalentado que por un momento vaciló. ¿Un taxi? ¿O ir andando hasta el hotel...?

Un taxi se aproximaba por la calle, casi pegado a la acera.

Inconscientemente, levantó la mano. El taxi paró.

Se metió en él.

—Al hotel Popular.

Se reclinó en el asiento y encendió un cigarrillo. ¿Marcharse de Yugoslavia? ¿Sin ver de nuevo a Melanie? Bueno, había cosas que no estaba dispuesto a hacer...

—Oiga, éste no es el camino para el hotel...

El taxista no respondió. Dobló la esquina y se detuvo. Cuando Harvester le iba a decir que debían continuar por la calle que acababa de abandonar, la puerta se abrió y Harvester se encontró enfrente a la boca de una pistola.

Se sobresaltó. La pistola estaba casi pegada a su cuerpo.

—Entre.

Harvester se apartó, mientras miraba a su alrededor. La calle era estrecha y no había nadie en ella en ese momento. Había caído en la más burda, la más estúpida de las trampas.

Se hubiera dado de bofetadas a sí mismo por aquella tontería, pero ya el hombre había entrado junto a él, siempre amenazándole con la pistola, y el taxi se ponía de nuevo en marcha.

Había poca luz, pero podía distinguir perfectamente la cara del hombre que acababa de entrar. Esta vez no llevaba camisa, chaleco ni faja, como los campesinos, sino chaqueta y corbata. Y un gorro en la cabeza. Un gorro, debajo del cual, estaba dispuesto a jurarlo, había una oreja aplastada, destrozada por una granada alemana.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó lo más serenamente que pudo.

—Hablar con usted. Pero no se le ocurra gritar o tratar de bajarse del coche, porque le meto una bala en la tripa. No lo dude, lo haré.

Harvester estaba seguro de que así lo haría. No respondió. Respiraba profundamente para tranquilizar los latidos de su corazón.

El taxi dobló varias esquinas y luego embocó una calle más ancha, que llevaba directamente a uno de los puentes. Lo cruzaron y de nuevo se encontraron en el viejo barrio serbio, lo que antiguamente fue la fortaleza de Belgrado.

Las calles eran más estrechas y por algunas de ellas ni siquiera parecía posible pasar, pero el conductor parecía conocer su oficio.

Luego, las casas se fueron haciendo más y más raras. Estaban saliendo al campo.

La noche era oscura. No había luna, y para una persona que no conociera el lugar, resultaría bastante difícil decir hacia dónde se encaminaban.

El hombre, a su lado, no hablaba, pero mantenía los ojos clavados continuamente en él. Harvester acabó el cigarrillo y lo tiró al suelo.

Por fin, el coche se detuvo.

El hombre bajó, sin dejar de apuntarle con la pistola.

—Descienda.

Lo hizo. Sus pies tocaron tierra, no pavimento.

La oscuridad era casi completa.

—Bien, espero que...

¿Más golpes? No estaba dispuesto a consentirlo. Simplemente, no quería que le volviesen a pegar. Esta vez estaba dispuesto a devolver golpe por golpe, aunque lo matasen. Apretó los dientes.

—Siga. Hay una casa un poco más allá.

Anduvo, con la pistola pegada a los riñones, hasta que llegó a una baja cerca de madera, en la que había un portillo. La pasó y se encontró en una especie de corral.

—Más adelante.

Una puerta. El taxista los había adelantado, caminando más rápidamente que ellos y abrió.

Y se encontraron dentro, en una oscuridad casi completa, hasta que alguien oprimió un pulsador en la pared y una bombilla se encendió en el techo. La puerta se había cerrado.

Una mesa, un par de sillas, un armario antiguo, todo ello lleno de polvo. Y los dos hombres frente a él. De nuevo.

Harvester clavó la mirada en Mirkovic. Éste había bajado la pistola. Era evidente que confiaba en que Harvester no podría ahora escapar.

—Bueno —dijo el yugoslavo.

—¿Bueno?

—Vamos a hablar durante un rato. Lo que ocurra con usted dependerá de lo que esté dispuesto a decirnos.

—Pregunte. Pero antes, quiero hacerle saber una cosa...

El exoficial levantó una mano en el aire.

—Todo a su debido tiempo. Y usted me va a escuchar antes a mí. Quiero que nos diga lo que necesitamos saber. Lo quiero y no voy a permitirle mentiras de ninguna clase. ¿Comprende? O nos lo dice, o le matamos. No estamos bromeando.

Harvester sintió la ya conocida sensación de que la espalda se le llenaba de una transpiración fría.

—Pregunte.

—¿Qué es lo que le dijo Mavros?

Harvester comprendió que tratar de engañarlos ahora, cuando habían vuelto a cogerlo, sería inútil. No quería que le golpearan, a no ser que él pudiera dar también. Y no era la ocasión todavía.

—Bien, vamos a llegar a un acuerdo. Yo les diré lo que me dijo Mavros, y ustedes...

—Nosotros haremos lo que queramos. No está usted en situación de hacer tratos con nosotros. Vamos, hable, o comenzamos. Y esta vez no van a ser unos simples golpes en la cabeza. Va a ser algo más. ¿Qué fue ello?

—Mavros me pidió que le entregase una nota al cónsul americano.

No había ningún mal en decirles aquello. Robeson estaba demasiado bien protegido para que aquellos individuos pudieran alcanzarlo.

—¿Qué decía la nota?

Los ojos de Mirkovic estaban fijos en él. La mano en la que tenía la pistola, pendía flojamente a su costado.

Pero detrás de sí, el americano sentía la respiración pesada del hombre de la gorra de paño, el que le había engañado con el taxi. Lo miró con el rabillo del ojo. Sí, estaba demasiado cerca. Y tenía algo en la mano. ¿Una porra, quizá?

—Decía: «Marcus» no ha podido llegar. Busquen a «Lucas».

—¿Nada más?

—Nada más.

—Y el cónsul, ¿qué le dijo?

—Que me preocupara del asunto. Que no me concernía. Y ahora...

—¿Quién es «Lucas»?

—No tengo ni la menor idea.

—¿No se lo dijo el cónsul?

—No. No me honró con su confianza.

—¿Le habló de mí?

No había motivo para mentir.

—Sí. Le dije que un individuo me había asaltado por la calle y me había golpeado. ¿Es la verdad, no? Y que me habían roto la máquina fotográfica.

La respiración, a su espalda, se aceleró.

—Cuando los alemanes estuvieron en Yugoslavia —dijo Mirkovic—, nos enseñaron algunos buenos métodos que sirven para desatar las lenguas más reacias a moverse. Vamos a emplear algunos con usted.

—¿Es que no me creen?

—No.

—Les he dicho la verdad.

—Usted sabe algo más. Usted habló con Mavros y éste le dijo algo, porque sabía que iba a morir. Le dijo lo que le había dicho «Marcus».

—No me dijo más que lo que les he dicho a ustedes.

—Miente.

Mirkovic hizo una rápida seña y Harvester se dispuso a vender su vida lo más cara que pudiera. No estaba dispuesto a dejarse apalear sin resistencia. No era un conejo.

Pero aún no había llegado la hora. El taxista, se alejó unos pasos y comenzó a hurgar en el aparador.

—Lo que le he dicho no es más que la verdad —dijo Harvester.

Una lucecilla se iba haciendo en su cerebro. ¿Cómo había sabido aquella gente que él iba a ir a casa del cónsul? ¿De qué manera lo habían seguido? Pero también la policía lo había hecho seguir.

Alguien le había dicho a Mirkovic y a su cómplice que él iba a ir a casa de Robeson. Sí, no cabía ninguna duda de ello. Pero ¿quién?

—Procure recordar, amigo mío.

La voz de Mirkovic era suavemente engañosa. Estaba llena de peligro. Harvester lo contempló. Tendría unos cuarenta años y parecía bastante fuerte. En un combate a solas, quizá el mismo Harvester hubiera llevado alguna ventaja, pero si tenía que vérselas con los dos... La cosa iba a ser bastante más difícil.

—Algo le dijo Mavros que puede ser precisamente lo que nosotros buscamos. Vamos, procure recordar exactamente todo

cuanto habló con él.

Mientras hablaba a Harvester, los ojos del yugoslavo se habían fijado varias veces en un punto situado por encima de la cabeza del americano. Y su voz, aunque suave, parecía innecesariamente alta.

¿Habría alguien escondido allí detrás, en las sombras del cuarto? No había visto a nadie, desde luego, al entrar, pero...

Con movimientos absolutamente naturales, dijo llevando la mano al bolsillo:

—¿Puedo sacar un cigarrillo?

—Sáquelos. Ya sé que no lleva armas.

Harvester lo hizo. Sacó un cigarrillo y ofreció el paquete a Mirkovic. Éste lo rechazó con un gesto, pero ello le había permitido al americano comprobar que detrás de él había una puerta. Una puerta que estaba entreabierta.

Hubiera podido jurar que allí había alguien escondido. Y su corazón latió de nuevo fuertemente.

¿Quién?

¿Quién estaba allí, escondido en la sombra de la habitación contigua?

CAPÍTULO IX

Aspiró una profunda chupada. Expelió el humo.

—Lo siento, eso es todo cuanto puedo decirles.

Probablemente ahora llegaría la batalla. Sus nervios en tensión se lo advertían. No estaba dispuesto a dejarse pegar, así que...

—Vigílalo. Voy a beber agua.

Mirkovic se marchó hacia la habitación trasera. El hombre de la gorra de paño se colocó frente a Harvester, con otra pistola en la mano.

¿Iba a pedir consejo, instrucciones? Harvester hubiera jurado que sí. ¿Y si se lanzase ahora contra el hombre que tenía delante, y tratase de arrancarle la pistola? Otro momento, otra oportunidad como ésta no iba a tener.

Y entonces, sorprendentemente, vio que la puerta de entrada, la que daba a la calle, se movía.

¿Nuevos enemigos? ¿Más gente contra él?

Pero... si eran amigos de Mirkovic y de su cómplice, ¿por qué aquel sigilo? Porque la puerta se abría lenta, muy lentamente.

Harvester hizo un llamamiento a toda su presencia de ánimo. Tranquilidad, tranquilidad ante todo.

Detrás de él oyó el ruido de un grifo que se abría y el rumor del agua corriendo.

La puerta se había abierto cuatro o cinco pulgadas y algo aparecía por ella. No eran amigos de Mirkovic. No podían serlo cuando guardaban todas aquellas precauciones. Estaba bien. Si él podía por lo menos distraer al hombre de la gorra de paño...

—Recuerdo que le gustan a usted los cigarrillos americanos —dijo en voz alta—. ¿Por qué no toma uno? Me quedan varios paquetes.

El hombre lo miró con un ligero asombro en sus pupilas. Harvester se obligó a sí mismo a no mirar hacia la puerta, pero no

pudo impedir lanzar una ojeada casi inconsciente. Y el individuo que tenía enfrente pareció notar que algo no marchaba bien.

Se volvió en el momento en que la puerta se abría de golpe.

Y en el umbral, con una pesada pistola automática en la mano, estaba Karas. Detrás de él, otra figura borrosa por la oscuridad.

Ahora ya Harvester no lo dudó ni un momento.

Se lanzó contra el hombre de la gorra de paño, que levantaba su pistola.

Fue un *takle* perfecto, el *takle* de un hombre que ha jugado al fútbol americano y que se ha mantenido en buena forma física. Con el hombro golpeó al hombre de la gorra de paño en la parte alta de la espalda, casi en un costado, y le hizo girar, perdido el equilibrio.

Su enemigo cayó al suelo, con la mano armada levantada. De una patada, Harvester le arrebató el arma, lanzándola a un rincón, y de otra patada le aplastó la cara.

Dio fuerte, con ganas de hacer daño, porque estaba vengando los golpes que el otro le propinara en la casa del barrio antiguo de Belgrado. Un golpe que, ya lo sabía él, haría dormir a un hombre fuerte.

—¡En la habitación de atrás! —dijo, cuando se lanzaba para coger la pistola caída.

Karas se había echado a un lado. Si no lo hubiera hecho la bala le habría volado la cara. Habían disparado desde el cuarto trasero.

Harvester ya tenía la pistola en la mano. Sin un momento de vacilación, disparó. Hacía algún tiempo que no manejaba armas de fuego, pero era también un ejercicio que no había descuidado demasiado. Un par de veces al mes en un salón de tiro, lo habían mantenido en cierta forma.

Consiguió dar a la bombilla al segundo disparo. La habitación quedó a oscuras.

—¡Melanie! —dijo en voz alta.

—Aquí.

Los fognazos rayaron de naranja la oscuridad. Karas disparaba saltando de un lado a otro, para evitar que le acertasen guiándose de sus disparos.

La habitación se llenó de humo acre que se metía en los pulmones, que hacía toser. Harvester sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y eso era peligroso.

Se arrastró hacia la puerta, hacia donde había oído la voz de la muchacha.

—Hay alguien más en ese cuarto —dijo en voz baja.

Pero no estaba seguro de que sus palabras no se hubieran perdido en el fragor de los disparos.

Y entonces, entre medias de ellos, oyó un sonido distinto. El ruido de una puerta que se cierra.

—¡Escapan!

Pero, los dos, al menos, no. Un disparo desde la puerta de la habitación trasera y la bala dio en el suelo, a su lado. Casi le alcanzó.

—¡Salga!

Sus manos tocaron algo en la oscuridad. Un cuerpo de suaves curvas. En ese momento, Karas acababa de disparar y en la habitación de dentro sonó un ahogado gemido.

—¿Está herido?

Harvester se puso en pie. Los disparos cesaron por un momento. Luego Karas y él, se lanzaron como dos trombas hacia la habitación interior.

Estaba a oscuras.

Harvester tanteó en la pared, a su lado, hasta tocar el interruptor de la luz. Ésta se encendió en el techo.

Mirkovic, con los ojos cerrados, la respiración jadeante, se apoyaba en una de las paredes. Su cuerpo se iba escurriendo lentamente hacia el suelo.

Y una puerta abierta, al fondo, se balanceaba todavía. El ruido de un motor que se alejaba llegó hasta ellos.

Harvester se asomó, pero sólo pudo ver los pilotos de un coche que huía rápidamente.

La joven se había unido a ellos.

—Llegaron ustedes muy a tiempo —dijo Harvester—. Pero ¿cómo diablos sabían que estaba yo aquí...? O..., ¿no lo sabían?

Melanie asintió:

—Lo sabíamos. Estuvimos vigilando la casa del cónsul.

Harvester la miró.

—Entonces, me vieron salir.

—Sí.

Aquella lucecilla que se había hecho en la mente de Harvester,

volvió a ella, pero con más intensidad.

—Entonces, verían salir a alguien más.

Ella asintió seriamente. Karas estaba recargando su pistola con balas que sacaba de su bolsillo.

—Apuesto —dijo Harvester lentamente—. Apuesto a que sé a quien vieron salir antes que a mí.

—Dígalo.

La joven parecía cansada. Había profundas ojeras en torno a sus párpados. Pero estaba más bella y deseable que nunca.

—Gorman —dijo Harvester.

—Sí —dijo Karas—. Gorman. El mismo hombre que va en ese coche que huía hace un momento.

—No podía ser otro —respondió el americano—. Sólo él sabía que yo iba a ir a la casa del cónsul, aparte de éste. Solo él. Y sólo él sabía lo que Robeson me iba a decir. Pero..., por los clavos de Cristo, ¿quién diablos es Gorman? Esperen, no lo digan... ¡«Lucas»!

—Sí.

—Pero... en ese caso..., él debe saber lo que también sabía «Marcus».

—Tal vez no —respondió Melanie—. Tal vez no. Tal vez sólo aparentaba saberlo. Probablemente ha estado sacando dinero al Gobierno americano haciéndole creer que sabía más cosas de las que en realidad sabía.

—Vamos por él —dijo Harvester, con los dientes apretados.

—Karas no puede —dijo Melanie—. Ya se ha comprometido bastante. Krilovic puede querer cogerlo ahora y más cuando se encuentren estos cuerpos aquí.

Harvester se volvió hacia el hombre.

—Pero..., ¿quién es usted?

—Jim, te presento a mi primo Atanas Karas.

—¿Tu primo?

Ella asintió.

—Mi primo, que ahora deberá volver a Italia cuanto antes si no quiere que Krilovic le eche mano.

Se volvió hacia Karas y le puso la mano en el brazo.

—Vamos, Atanas, tienes que marcharte. Debes atravesar la frontera cuanto antes.

Karas asintió. Se guardó la pistola y tendió los brazos. Melanie

se refugió en ellos.

—Nos veremos en Italia.

Luego tendió la mano a Harvester.

—Cuide de ella, ¿quiere?

—Lo haré. Y gracias por su ayuda.

—No hay de qué. Ya nos veremos..., posiblemente.

—Pero..., ¿puede usted atravesar la frontera sin que le molesten?

—Hay varias maneras y yo las conozco todas. Lo he hecho varias veces. Podéis regresar a Belgrado en el taxi que os ha traído. Dejadle al amigo de Mirkovic que se encargue del cuerpo de éste. Cuando recobre el conocimiento deberá esconder el cuerpo so pena de verse en dificultades con la policía. Pero ahora, debéis avisar a Robeson de que tiene a «Lucas» al alcance de la mano.

Dio un salto de tigre joven y se perdió en la oscuridad.

—Me preocupa —dijo Harvester.

—Oh, no pases cuidado. Conoce bien los caminos y tiene amigos en Belgrado. Además, Krilovic no es ningún tonto. Pero... estamos perdiendo el tiempo. Vamos.

Volvieron a la parte delantera de la casa. El hombre de la gorra de paño estaba recobrando el conocimiento en ese momento, pero sus ojos tenían aún una expresión atontada.

Cogieron el taxi y Harvester se puso al volante.

—Indícame el camino. Por cierto, ¿cómo llegasteis hasta aquí?

—En un coche. Lo dejamos bastante más allá para no despertar sospechas. Atanas lo ha cogido ya.

Harvester guió en silencio durante un rato. A lo lejos veían las luces de la ciudad.

—Así que Gorman era «Lucas». Simultaneaba su trabajo como secretario de Robeson con el de informador. Diablos, no era... no es nada tonto.

—Y lo que es mejor —dijo ella apasionadamente—, es que no sabe el secreto. Si lo supiera no te hubiera traído aquí a ti para arrancártelo. No lo sabe.

—Ni nadie.

—Alguien lo averiguará algún día. Y espero que seamos nosotros y nadie más.

—No tengo ningún interés por ninguna de las facciones en

pugna, pero si ello te sirve a ti...

Le pasó un brazo sobre los hombros. Aunque no conocía bien el coche, una sola mano le bastaba para conducir por aquella carretera, en la que sólo encontraban vehículos muy raramente.

—¿Y ahora, qué vamos a hacer tú y yo?

—No lo sé. Lo primero avisar a Robeson. Luego... ya veremos.

—Mira, prefiero quedarme sin vacaciones, pero voy a salir de Yugoslavia. Iremos a Italia... Bueno, iremos si tú no opones nada concreto.

—No lo sé.

Ella se apretó contra él.

—Me alegro de haber llegado a tiempo. Mirkovic es un hombre..., era un hombre muy peligroso.

—Dímelo a mí.

Entraron en la ciudad, y, guiado por la muchacha, llegaron a casa del cónsul.

—Gorman estará dentro, posiblemente —dijo Harvester—. Vamos a telefonar para saberlo.

Entraron en una taberna y Harvester cogió el teléfono. Miraba para atrás para saber si alguien los había seguido. ¿Qué diablos estaba haciendo Krilovic? ¿Habría perdido su pistola? ¿O no se había molestado en seguirlos?

—¿Míster Robeson?

Una voz femenina le dijo en serbio que esperase. Un momento después, la voz del cónsul.

—Míster Robeson, soy...

—Sé quién es. ¿Qué quiere?

—Hablar con usted. ¿Está usted solo?

—Lo estoy. Pero ahora...

—Es muy importante, míster Robeson.

—Está bien. Venga.

Harvester se volvió a la joven.

—Vamos.

Cruzaron la calle. La puerta estaba abierta y Robeson los espejaba en el *hall*. Dos mujeres limpiaban la casa de los restos de la fiesta.

Robeson cerró la puerta, dirigiendo una penetrante mirada a Melanie. Pero no habló hasta que los metió en el despacho.

—Y bien..., creo haberle dicho, míster Harvester...

—Le presento a *miss* Melanie Whistler. Míster Robeson, tenemos que decirle algo muy importante.

—En primer lugar, le dije que debía usted salir de Yugoslavia. No me ha querido hacer caso, y he recibido una nota de la policía en la que me indica que si no queremos vernos en dificultades, debe usted...

Harvester hizo un gesto de cansancio.

—Después, míster Robeson. Ahora, ¿ha visto usted a Gorman?

—¿Gorman? No, no lo he visto después de la fiesta.

—¿Y antes?

—Pues..., sí, naturalmente.

—¿Dónde está?

—Supongo que en su casa.

—Llámelo y cerciórese de ello.

—¿Por qué?

—Hágalo.

Robeson no tenía un pelo de tonto. Al ver la cara de Harvester, y la expresión de sus ojos, cogió el teléfono y marcó un número. Esperó durante unos instantes.

—No lo cogen. —Y volviéndose hacia ellos—: ¿A qué viene todo esto? Gorman es muy libre de salir y entrar...

—Y de raptarme, o de hacer que me raptasen.

—¿Qué está diciendo, Harvester?

—Melanie, habla.

—Míster Robeson, Gorman es... «Lucas». Simplemente «Lucas».

Los ojos de Robeson giraron de uno a otro.

—¿Están ustedes locos?

—Ni mucho menos. Mirkovic y otro hombre me han secuestrado tan pronto como salí de esta casa. Me llevaron fuera de Belgrado a una casa abandonada y... Gorman estaba en esa casa, escondido. Lo siento, míster Robeson, pero..., así es.

—Santo cielo.

Se quedó un momento con la mirada fija.

—¿«Lucas»? Pudiera..., pudiera ser...

Cogió nuevamente el teléfono y volvió a marcar. Hizo el mismo gesto que momentos antes.

—No lo coge. ¿Lo vieron ustedes?

Harvester estaba tan seguro, que dijo:

—Lo vimos cuando huía. *Miss Whistler* y un amigo suyo me libraron de Mirkovic y de su secuaz.

Hizo una pausa.

—¿Qué piensa usted hacer?

—No lo sé. Desde luego tiene que salir del país. Una vez en Estados Unidos, ya veríamos lo que hacíamos con él. Nos ha estado proporcionando información, haciéndose pasar por yugoslavo. Pero..., ¡casi no puedo creerlo!

Harvester lo observaba extrañado. Robeson parecía un hombre lo suficientemente inteligente como para haber sospechado algo en todo el tiempo en que tuvo al otro por secretario.

Se encogió de hombros.

—Ahora es cuando voy a seguir su consejo, míster Robeson. Tengo que salir de Yugoslavia. Si Krilovic no se opone.

Robeson lo contempló.

—No es usted solo, Harvester. Si se destapa la olla, yo también deberé salir como persona no grata, Krilovic se ocupara de ello, o sus superiores, si él no lo desea.

Volvió a marcar. Una extraña expresión apareció en su cara.

—¿Qué dice? ¿Qué míster Gorman no está? ¿Con quién hablo, por favor? Ah, pero..., ¿es que ha ocurrido algo?

Escuchó durante un momento. Luego:

—Gracias, muchas gracias. Sí, desde luego que pueden ustedes verme en mi despacho mañana. Gracias.

Colgó. Sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió la frente.

—Gorman se ha estrellado con su coche en la carretera de Zagreb. Era la policía. Al parecer Gorman se rompió la cabeza en un choque contra un camión.

Harvester miró a la joven.

—Bueno, esto me quita algunas preocupaciones de encima —dijo Robeson—. Lo siento, porque me hubiera gustado hablar con Gorman sobre muchas cosas. Muchas. Pero esta casualidad...

Parecía más tranquilo, no obstante.

—Quizá podamos salvar aún la situación si ustedes desaparecen de la circulación. Voy a mandar reservar dos pasajes para el *Simplón Oriente Express*, para mañana. Si Krilovic no tiene nada que oponer...

Los dos jóvenes le estrecharon la mano y salieron de la casa.

—¿Vamos andando? —dijo Harvester—. Está la noche tan deliciosa...

—Sí —respondió Melanie.

Se cogió a su brazo y echaron a andar. Sí, la noche estaba deliciosa. Olía a flores campestres que una ligera brisa traía de las cercanas montañas. Y no había ningún peligro en pasear por las calles... ahora.

Por un momento, Harvester deseó que la distancia que los separaba del hotel Popular fuese más, mucho más larga.

Aunque al día siguiente Krilovic los esperase en la estación, pero..., ¿qué tenía contra ellos?

—Nada. Por lo menos, nada importante... ahora.

Cogidos del brazo y mirándose a los ojos, prosiguieron su camino.

Dos jóvenes en la noche.

Con un futuro por delante.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS. Impreso en España

